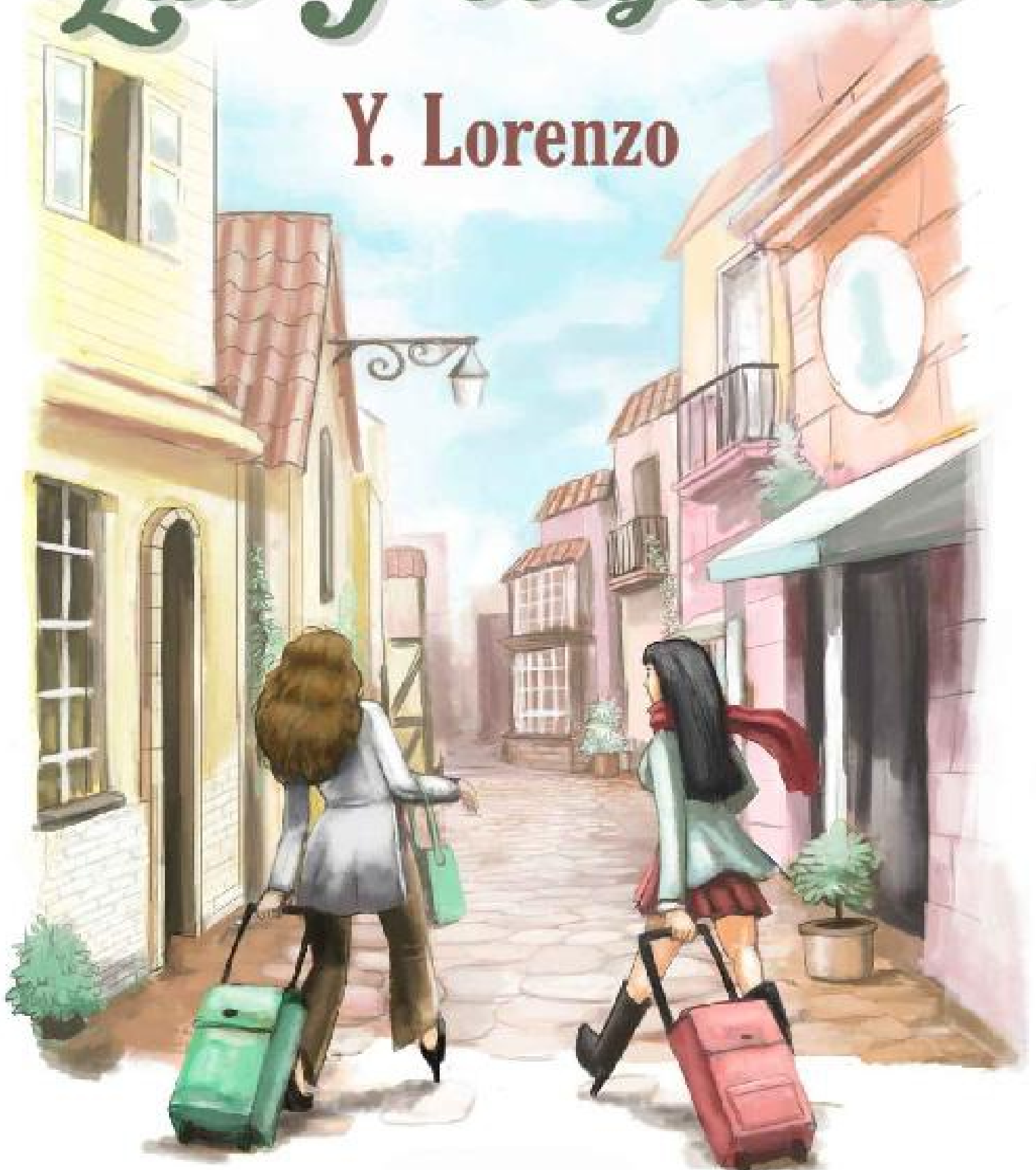


Las Peregrinas

Y. Lorenzo



LAS PEREGRINAS

Y. LORENZO



© 2019 noviembre, primera edición.

Autora: Y. Lorenzo

Editor/diseño de cubierta: KatMG

Ilustraciones interiores: Patricia Montilla.

Corrección: Luís Solís Doctor en Teoría y Crítica Literaria/ Corrector profesional / criticosliterarios@outlook.es / www.byluissolis.es

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados.

Este libro se lo dedico al universo que me ilumina, a todas las ciencias que me acompañan y a todos mis ancestros, por darme la luz necesaria para que me fluyeran las ideas. A mi madre, por confiar en mí y ser mi gran apoyo incondicional.



Soy un *papillon*, aunque

me hayas encontrado en la habitación.
Tú has venido a salvarme y
traerme de regreso a la vida.

Supliqué de rodillas
para no volver a esta vida de peregrinación.
Pero gracias a eso te encontré.
Soy feliz, soy feliz.

Vivo esperando el momento
para que podamos estar juntos.
Empezar una vida a tu lado y
dejar atrás mi pasado.

Soy un *papillon* aado
en lo más oscuro de mi habitación.
Tú eres la Luz que necesito para calmar mi dolor.
Soy feliz, soy feliz.

Te quiero, mi amor. Soy feliz.

VOLVER ES EL PROBLEMA

Hace siglos que el ser humano se dedicó a parcelar su entorno, distinguiéndose del otro, remarcando su individualidad. El país, la nación o el estado es una extensión de ese «este soy yo y este lugar me pertenece». De ahí que las xenofobias y las luchas por mantener la «inviolabilidad» de nuestras fronteras sigan siendo historia reciente. De ahí que el abandono de la patria sea tan desgarrador para muchos. En realidad, solo nos movemos de un espacio físico a otro, pero nuestro corazón y nuestra mente siguen transitando por las calles del pueblo. Cecilia, la protagonista de *Las peregrinas*, ha salido de Cuba para vivir en Madrid. Sin embargo, su mente sigue en La Habana, a la espera del retorno. Para Cecilia, volver es su fin último y ese es su problema.

Es un problema porque no le permite ser feliz, en gerundio y en tiempo presente. Cecilia es una isla que se mueve por varias ciudades europeas, un cuerpo hecho para el disfrute momentáneo y para el dinero inmediato. Ella ha formado su propio gueto de una persona. Nadie más tiene cabida en ese pequeño piso en pleno centro de Madrid. Tampoco le interesa tener a alguien más, pues siempre piensa en volver, en recuperar esa vida que ya ha perdido. Hasta que encuentra el amor.

Y todos los que nos hemos enamorado alguna vez sabemos que el amor es otro viaje, ya no físico, sino más bien espiritual, un acto de fe si prefieren. Cecilia debe tomar una decisión vital: no volver a La Habana, no volver a su anterior vida, abandonar esa patria para embarcarse en otro viaje sin destino seguro; arriesgarse a un viaje donde ella será auténticamente feliz, sin permiso de nadie. Al fin y al cabo, en los asuntos del corazón todos vamos peregrinando hasta que —ojalá alguien supiera cuándo— el viaje se acaba sobre los brazos del ser amado.

Es ahí, bajo el calor del amor, donde el «salir» y el «volver», el «emigrar» y el «retornar» desaparecen de nuestra vida... Es ahí donde dejamos de «peregrinar», para simplemente «estar».

Mientras tanto, espero que el viaje les sea leve.

Luis Solís Mendoza
Docente universitario



Nado. Nado con fuerza, tratando de no perder el ritmo ni mucho menos la técnica que me enseñó papá. Cuando veo hacia adelante, mezclada entre los goterones del agua, está su sonrisa esperándome. Sé que me está animando, aunque su voz no se escucha. No me extraña, porque así son mis sueños: mudos. Siento que el cansancio me vence, que no voy a llegar, pero disimulo, incluso sonrío. Es que no quiero que él se dé cuenta, no quiero que se preocupe por mí. ¿Por qué no avanzo? Brazadas y brazadas y él siempre está a la misma distancia. Trato de tranquilizarme recordando que en el agua las distancias son engañosas. Eso decía él, que cuando uno está en altamar y va en una lancha rumbo a la costa hay que dejar de pensar en el final, hay que concentrarse en el viaje mismo, mirarte los pies, distraerte.

Si nos quedamos viendo la costa, hasta nos parece que se aleja. Pero se llega. Tarde o

temprano llegas y te sorprende haberlo logrado. Mentira. No siempre se llega. Si lo sabrás tú que... ¿Me alcanzarán las fuerzas? Sí, siempre se puede un poco más, al menos eso me dijo, me digo... Hago un esfuerzo: ocho brazadas sin sacar la cara para respirar. Ahora no lo veo, ya no está. Me detengo. Siento que me hundo. ¿Se habrá escondido? ¿Volverá en cualquier momento riendo y preguntando si me asusté?

La voz de Laura me despierta. Creo que ni siquiera se dio cuenta de que estaba dormida, o al menos eso deduzco de su «y tú, ¿qué crees?». Miro a través del cristal. El paisaje se desliza con sus montañas, con su ejército de abedules uniformados de blanco.

¿Cuántos años ya desde que despegué en aquel avión desde La Habana? Nunca había reparado en esa palabra: despegar..., quitar la pega. ¿Se despega uno? ¿Se quita la pega realmente, como esos muebles viejos a los que en algún momento se les vence la cola y comienzan a desarmarse?

—No. Definitivamente no —digo.

—¿No? ¿Qué cosa? —pregunta Laura con la sonrisa de perdonarme porque no le hago caso. Y yo le pongo mi cara de se me fue el santo al cielo.

Tonterías que piensa uno cuando va en un tren, ¿no? Miro hacia afuera y el humo de las chimeneas esboza carruajes, ballenas, elefantes que se deshacen en el viento o en mi imaginación. No hay nada más bello que lo que no podemos tener. ¿Quién dijo eso? Una canción, quizás... Pero que importa, suena bien. Los trenes tienen este poder extraño de entrelazar y confundir los hilos de la memoria. «La memoria histórica», como la ley esa que me abrió el camino hasta aquí.

El ronroneo de Laura no se detiene. Es como el ruido de un refrigerador que crees olvidar y que solo al callar comprendes lo mucho que molesta. Me duele la cabeza y quiero pedirle que, por favor, se calle un rato, pero me parece un poco grosero de mi parte. Es mi compañera, una buena compañera. Nada me cuesta mantener la expresión y hacerle creer que la estoy escuchando.

Aprovecho una pausa para volver a mi libro, mi desgastado librito de *Doña Rosita La Soltera*.

Es una de las pocas cosas sobrevivientes de mi equipaje habanero. ¿Por qué me gusta tanto la historia de esa niña boba que se pasó la vida esperando al novio? Toda tan cursi, en su mundo de florecitas... Antes le tenía rabia. Me parecía ridículo su enamoramiento. Sí, recuerdo cuando ensayábamos la obra en el grupo de teatro del preuniversitario. Me tocó un personaje pequeñito y eso me daba tiempo para escuchar una y otra vez a Rosita. Algunas frases se me quedaron para siempre en el recuerdo... «¿Es que no tiene derecho una pobre mujer a respirar con libertad?». Ahora le tengo cariño, o lástima..., o quizás las dos cosas.

Laura me toca el hombro. No para de hablar. Paciencia. Busco los audífonos para escuchar un poco de música y hacerme la dormida.

Faltan apenas días para las navidades del 2015. Hace justo un mes Laura se presentó con el plan: viaje largo, atravesando media Europa, pero dinero seguro. Bastante dinero. ¿Peligroso?

Peligro siempre hay y quien no arriesga no gana. Por eso es mejor ir acompañada. Cuento y recuento el dinero que aún no recibo. Podré ar todas mis deudas y comprar la casa para mi madre, allá en Cuba. Un sueño, ni más ni menos.

El tren se detiene. Una de tantas paradas breves. Veo el nombre de la estación en ese idioma indefinido y sé que dos minutos después ya no lo recordaré.

Estiramos las piernas. Laura, como siempre, desciende para fumar un cigarrillo.

En el vagón viaja una señora africana con un vestido floreado que explota en colores exóticos y alegres. Es exuberante. Me recuerda a una pregonera de La Habana, pero más colorida y rotunda. Además, desprende un olor que casi puedes tocar, un olor a humanidad. Pienso que el olor viene de su centro, de sus partes más íntimas, y desde ahí se expande a todo el vagón. Un aroma que lucha con el de una pareja de chicos que se han quitado las zapatillas y tienen los pies estirados justo hacia nuestros asientos. El olor a queso que desprenden sus pies es insoportable y se convierte en nuestro compañero durante catorce largas horas.

Tomo el móvil y con mi inglés chapurreado le aviso a Mikel que ya vamos llegando. Su acento hindú y su voz un poco femenina me causan inquietud. Sin embargo, al llegar a nuestro destino, me sorprende su aspecto. Es bastante bien parecido y elegante.

Mikel resulta un tipo cortés, sin exageraciones, y sobre todo muy ejecutivo. Al llegar al pequeño apartamento nos explica las normas de trabajo y el porcentaje a ganar. Disimulo mi entusiasmo: es bastante más de lo que se suele cobrar en otros países. Nos entrega un teléfono móvil para comunicarse con nosotras y nos explica dónde está el supermercado más próximo. Por nuestra parte, le entregamos un *pendrive* con nuestras fotos de trabajo. De inmediato saca un portátil de su maletín, las revisa y nos dice que aquí esas fotos no valen porque gustan «más guarrillas». Pues nada, él es el entendido.

No perdemos tiempo: deshacemos el equipaje y a montar el «*spa* de masajes», tratando de poner todo lo más bonito posible. El apartamento es acogedor, limpio, con ropa de cama impecable y un cuarto de lavado en el sótano del edificio.

Ponemos música relajante, algunas velas y un quemador con aroma a canela que, aparte de oler bien, trae buena suerte. No se podía pedir más. Ya solo falta empezar a facturar.

Pienso en ir al supermercado para comprar algo de provisiones. Si se trabaja tanto como me dice Laura, es mejor tener a mano algo para reponer energías.

El timbre del teléfono nos devuelve a la realidad.

—Hola, soy Mikel. Ya salió vuestro anuncio publicado en la web. Tú te llamas Paula y tu amiga, Mirella.

Otra vez sentí su voz afeminada. No está mal para ser nuestra secretaria.

—Laura, era Mikel; que ya tenemos el anuncio en la web. Ven, vamos a verlo. Yo me llamo Paula y tú, Mirella.

—¿Mirella? ¿Por qué? Le dije que me pusiera Sabrina. Yo siempre he trabajado con ese nombre y me ha dado mucha suerte.

—Bueno, hija, a mí qué me dices. Cuando lo veas, se lo dices a él. O puedes probar, a ver qué tal te va de Mirella.

Un mensaje de texto nos anuncia el primer cliente. Me pongo nerviosa, como si fuera novata.

—Pero bueno, ¿este qué se cree? Yo todavía no estoy arreglada, ni me he maquillado tan siquiera. ¿Tú estás lista, Cecilia? Abre la puerta, que hablas mejor inglés. Yo voy en un minuto.

—*Hello, I'm Paula. And you?* —dije dando unos bocinazos e invitándolo a pasar a la habitación que habíamos preparado.

—*I'm Peter.*

Mirella entra. Mejor dicho, primero entra su delantera exageradamente grande, que no le cabe en el sujetador, con sus labios pintados de rojo tomate y su larga cabellera suelta, negrísima.

El hombre se queda boquiabierto. Está claro que se decide por Mirella, aunque ella no supiera decir ni papa en inglés. Ya están hablando el idioma universal.

Por lo menos una de las dos se estrena. Todo parece marchar bien. Cuando Peter se va, llama Mikel para decir que el cliente había quedado satisfecho.

Antes de media hora llega otro y pide un masaje a cuatro manos. Mejor, así podemos trabajar las dos.

Dentro de la habitación nos comienza una risa tonta. El cliente es un pesado: que si ponte en esta posición, que si chúpame una tetilla...

Además, qué asco, el olor a culo no se le quitaba por mucho que Mirella le hubiera limpiado sus partes más íntimas con toallitas de bebé, casi hasta sacarle brillo. No quedaba otra que aguantar y reírse para tratar de sobrellevar aquel trabajo lo mejor posible.

Con clientes así Mirella tiene mucha paciencia, pero lo que soy yo, enseguida me pongo a cuatro patas y no me duran ni un telediario, por mucho que hayan ado una hora. Después, todo es charlar y sonreír mucho.

Cuando el cliente se va, otra vez llama Mikel diciendo que nos habíamos estado burlando del señor. Que el hombre salió muy disgustado porque no paramos de reír en todo el servicio. La verdad no lo entiendo, pues se había estado riendo con nosotras y parecía estar a gusto. ¡Qué gente más rara!

Ahora nos damos cuenta de que aparte de ar la casa, el anuncio en Internet y dar un porcentaje, encima teníamos que dar explicaciones. Eso no nos gustó para nada, pero si se ganaba mucho, estábamos dispuestas a aceptarlo. Pensamos que se trabajaba como independientes, contratando una secretaria, pero no era así.

Entre una cosa y otra se ha hecho tardísimo, y ya acabamos la jornada. Fueron pocos clientes. Después de hacer balance, las cuentas no nos cuadran. Está lento el trabajo. A este ritmo

solamente recaudaremos la mitad de lo invertido. Decidimos probar un día más. Y si no mejora, nos tenemos que ir a otro país. A mí me da igual; el caso era estar donde se gane dinero.

Laura, que se pasa la vida hablando con todo el mundo, sobre todo con chicas del gremio, siempre está preguntándoles detalles, tratando de ubicar los mejores destinos. Pero ya veo que no toda la información es confiable. Conoce media Europa y no le faltan ganas de aventurarse más allá. Le han comentado que en Australia se trabaja un mes entero y después puedes estar un año de relax. A mí en principio me da risa y me invento algún chiste donde siempre hay un canguro. Pero, bueno, todo es posible. ¿Y luego cómo haces para pasar todo el *cash* por los aeropuertos? No luce fácil. Ella igual se la pasa en el ordenador buscando datos sobre Australia. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no para. Ya la veo en Sidney, y lo más seguro es que me arrastre a mí también. Sabe que soy la única loca capaz de seguirla.

Al día siguiente la cosa sigue floja. Hay que avisarle a Mikel que nos marchamos. Por supuesto, me toca a mí dar la cara y la mala noticia. Cuando lo llamo, el hombre me embarulla con las estadísticas de la página web. Dice que después de que un cliente pusiera un comentario agradable sobre mí, hemos tenido más de mil visitas en mi anuncio.

—Si solamente hubiese venido un diez por ciento, estarías forrada...

—Forrada, pero en urgencias.

Aun así, decidimos irnos. Nos ponemos manos a la obra. Abrimos el ordenador y empezamos a buscar nuestro próximo destino.

Lo teníamos claro, esta vez será avión.



—¿Y a qué olerán los noruegos?

Laura hace siempre esa pregunta tonta cuando estamos a punto de llegar a un nuevo destino. Se

ríe por adelantado, esperando que se me ocurra alguna respuesta que le divierta.

—A salmón ahumado con alcaparras, supongo.

En mi cabeza, Noruega es una vaga estampa que alguna vez vi en una enciclopedia. Un pescador de gorro y abrigo, lo que en mi contexto habanero lucía como todo un contrasentido. Al fondo, un paisaje neblinoso donde, como siempre con cualquier imagen de un país exótico, se perdían mis primeros anhelos de correr mundo.

El caso es que aquí estamos, en el aeropuerto, listas para volar a Oslo, la ciudad escogida después de varias conversaciones con nuestras amigas «combatientes» (así las llamaba, sin percatarme de la reminiscencia revolucionaria del término). Las chicas nos comentaron entusiasmadas que en Noruega había buen trabajo. Pues, para allá vamos, a plantar bandera.

Un viaje más. En la penumbra de la cabina me adormezco con esa palabra voladora: viaje, viaje, viaje... La veo escrita frente a mí, como en una pizarra donde las letras flotan traviesas y se trasponen formando primero palabras sin sentido, pero ordenándose finalmente en un nuevo significado: vieja, vieja, vieja.

No le veo la gracia. Supongo que nadie se la ve, menos una en este oficio donde se corre contra los estragos del tiempo. Así que borro mi pizarra imaginaria y escribo otra palabra: Oslo, Oslo, Oslo. Una palabra redonda y prometedora. Con el Oslo, que también se empeña en cambiar (¡solo, solo, solo!), me duermo profundamente.

Al llegar cogemos un taxi directo hasta el hostel que nos recomendaron y tenemos reservado.

Las tareas están claras y distribuidas: comprar un teléfono para cada una, escribir el anuncio, copiar el guion para dar la información telefónica... Somos un gran equipo. Yo responderé el teléfono; Laura manejará los emails y los SMS, todo con la ayuda del traductor de Google.

Preparar los anuncios es cosa mía. Está chupado, solo tengo que copiar y pegar, buscar alguna foto bonita en cualquier sitio web, de cualquier página erótica de otro país, quizás de alguna actriz o modelo conocida. En este negocio no hay que preocuparse demasiado por la verdad. Como las fotos en cualquier McDonald's. Cuando hay hambre, nadie arma un lío porque la hamburguesa real no se parezca demasiado. Y si así es con el hambre, ni te cuento con las ganas de follar.

Laura escogió una foto de la novia de un futbolista famoso. La chica está en lencería y tiene un lejano parecido. Me distraigo haciendo unos ajustes: disimulo la marca de agua, hago unos pequeños retoques de color y... lista para subir a la web. Yo misma me sorprendo con mi habilidad y vuelvo a imaginarme trabajando en una agencia de publicidad.

¿Por qué no? Con lo que he aprendido, todo por mi cuenta, y con mi habilidad para los idiomas, que nunca está de más...

Yo sé la respuesta, pero en este momento no me apetece decírmela. Mejor pensar que es culpa de la crisis, la palabra de moda en España. ¿Qué sentido tendría salir a repartir currículos, asistir a docenas de entrevistas, mezclarme con cientos o miles de desempleados, buscar una oportunidad

improbable para alguien sin un título universitario, comenzar ganando apenas lo necesario para sobrevivir? Mejor guardar ese sueño en el cajón de los pendientes.

Ya está todo listo para el baile y solo resta esperar a que salga publicado el anuncio. Mientras tanto, montamos el chiringuito y nos acicalamos. Cosa de diez minutos. Soy como una actriz después de cien funciones con la misma obra: escenografía, vestuario y maquillaje en un plisplás. Pero siempre hay algo de nervios antes de cada función. Por eso me sobresalto cuando suena la primera llamada:

—*Hello, yes, yes, yes... Ok.*

Espero no arrepentirme de haber dicho «yes» a todo sin entender nada. El caso es que venga a como dé lugar. Hay que abrir el juego.

—¿Qué quería? ¿Qué te ha dicho? —me pregunta Laura.

—Ni idea. Yo le dije que *yes, yes y yes.* —A Laura le entra la risa nerviosa.

—¿Tú estás loca, Cecilia? ¿A saber a qué te comprometiste? Si es un loco, lo atiendes tú.

—Tranquila. Me dio buena espina. Pero, por si acaso. mándale el mensaje con los servicios, precio y dirección.

Todo se desarrolló sin problemas. Empezando por el cliente inaugural, que resultó un señor decentísimo, y por los muchos que siguieron.

El teléfono no para de sonar y yo no me doy abasto. Con mi política del «*yes, yes, yes*» la fábrica no para. Estoy cansada, pero siento que me encanta este país. Qué gente más educada. Todos limpios, cero aromas agresivos. Quizás lo que tienen es miedo. Resulta que en Noruega el delincuente es el cliente y no la puta. El «modelo nórdico» lo llaman.

Prefieren que nos dejemos puestos los guantes que usamos al principio de la «sesión», pero siempre hay alguno que te da propina si te los quitas.

Estoy alucinando con mis billetes, que voy guardando en rollos de 500 y 1000 euros. Al final del día los escondo en el tubo de un cortinero, un truco que no me ha fallado hasta ahora. ¡Qué maravilla! A este ritmo tendremos que regresar en coche, porque con tanto dinero es un peligro pisar el aeropuerto.

—Oye, Laura, ¿tú qué quieres hacer con tu dinero?

—Pues, no sé, comprarme una casa en Colombia, montar un negocio, qué sé yo... Así, cuando sea vieja, me regreso y vivo tranquila. ¿Y tú?

—Voy a comprarle una casa muy grande a mi mamá en Cuba, en La Habana, por supuesto, con un patio donde pueda tener animales y sembrar matas de mango. Cuando vaya, me sentaré a la sombra de un mango y me comeré uno bien maduro, así, que se me chorree el jugo por todo el brazo. Es que no hay sombra como la del mango. Además, quiero que tenga un portal, con muchos helechos colgados del techo y una mecedora. Pero no pienso regresar a vivir para allá, ni loca. Solo de vacaciones. A lo mejor con un hombre del que me enamore de verdad y hasta con una

familia. Quiero tener muchos hijos.

—Ay, hija, eso no existe. ¿Quién va a querer casarse con una chica como nosotras? Hay muchos prejuicios. Ponga los pies en el suelo. ¡Aterrice!

—Ah, pues... ¿Y no nos puede pasar como a *Pretty Woman*?

—¡Ay, sí, Julia Roberts! Eso es una película. Una no puede esperar al Richard Gere con su ramito de flores. En la vida real, si tú quieres conocer a un buen hombre, tienes que salir de cacería, apuntarte a un gimnasio, a clases de baile, qué se yo, o más bien meterte en esas páginas web de citas, que te anotas y vas conociendo tipos hasta que encuentras al amor de tu vida o a tu «peor es nada».

—Vale, de acuerdo. De pronto me animo y me apunto a algo de eso, pero mientras tanto, si viene alguno que esté buenorro, le doy un buen gusto al cuerpo y a ver quién me quita lo bailao.

Dicho y hecho. Pide, que Dios te dará.

El timbre del teléfono nos regresa a la realidad de nuestro trabajo. ¿Dinero fácil? Rápido sí, pero nada de fácil. Es uno preguntando por mí. Me voy a arreglar porque viene en diez minutos.

Ahí está él, con esos vaqueros ajustados, una camisa blanca debajo de su abrigo de paño fino, dos botones del pecho desabrochados, zapatos relucientes, ojos azules detrás de esas gafas con montura al aire, una sonrisa espléndida y un cuerpo... La vida a veces nos regala estas premoniciones. Se cumplió mi deseo con creces. Lo veo y pienso: «Tal como me lo recetó el médico». Quiero disimular, ponerme en plan profesional, pero tengo el tonto al máximo y las palabras no me salen. Se me olvida mi poquito inglés, pero no pasa nada. ¡Habla español!

¿Cuándo fue la última vez que sentí verdaderas ganas, de esas que te hacen adelantar en tu mente las sensaciones que ya voy adivinando en el cuerpo de este hombre? Mejor imposible.

—Sígueme por aquí, por favor —le digo mientras me apresuro a oscurecer la habitación para darle un toque más romántico... o para ocultar ciertas imperfecciones que de pronto me empiezan a importar: alguna estría, algo de celulitis. Así es: la atracción parece que va casada con la inseguridad. En vez de concentrarme en él, estoy aquí buscando la mejor postura para que no se note un michelín indiscreto.

¿Michelín? Una pancita normal, pero al lado de semejante monumento cualquiera se siente gorda.

Él trae su música, que actúa como un buen tranquilizante. Yo enciendo unas velas y él comienza a besarme. ¡Qué bien besa! Besos de esos que a todas las luces a tu alrededor.

—¿Tú tienes prisa? —me pregunta—. Porque a mí me gustan las cosas despacio y bien hechas.

Yo, que soy todo nervio, que sé bien cómo despachar clientes como a churros, que solamente tengo un signo de dólar en la frente, ahora vuelvo a ser una mujer sin prisas, incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo que está pasando en este cuadrilátero de sábanas. Me da igual todo. Y si

quiere quedarse toda la vida, yo encantada. No quiero saber nada de él, temo desilisionarme, pero el buenorro toma la iniciativa y me cuenta que hace poco se separó de su pareja. Le creo.

No conté las veces que lo hicimos. No conté el tiempo, como es mi costumbre. Laura tocó a la puerta y preguntó cómo estaba, con voz preocupada. Miré el reloj y pensé que se había descompuesto.

Las horas habían volado. Mucho tiempo para ser sexo y muy poco tiempo para esta sensación de conocernos de toda la vida, para este convencimiento de que ese extraño era alguien en quien podía confiar sin restricciones.

Ahora acaricio sus manos, tan suaves. ¿Será posible que este hombre no sude? Un chico de oficina probablemente. También veo los dedos de sus pies, porque no soporto esos que parecen un racimo de tamarindos. Son perfectos. Señal de que uno se está enamorando esto de que los pies de un hombre te parezcan hermosos.

Laura insiste en tocar la puerta, porque hace rato que no sabe nada de mí. La invito a pasar para que vea –aunque sea vestido como ya estaba– la clase de mango que me había comido. Al fin y al cabo, las alegrías hay que compartirlas. Un cruce de miradas llenas de picardía basta para que Laura entienda mi satisfacción.

Él simplemente observa, divertido. Al despedirse me pregunta si tengo WhatsApp. Le doy mi número personal y mi verdadero nombre para que me agregue a su agenda de contactos.

—Me llamo Cecilia de la Caridad, Caridad por la patrona de mi país. En Cuba me dirían Cachita, como a todas las Caridad.

No han pasado ni treinta minutos cuando suena la notificación del WhatsApp: «Gracias, Cachita, por una noche tan especial», junto a un emoticón de besito. Al parecer, el flechazo no es solo mío...

Esta noche no trabajo. No voy a perder el buen sabor de boca. Salgo con Laura a dar una vuelta por la ciudad, a buscar un sitio donde brindar con champaña. ¡Qué bonito está todo! Por primera vez, desde que llegué a Oslo, reparo en las calles decoradas de navidad. Hace un frío horroroso, pero la ciudad brilla tanto como yo.

Divisamos un pequeño bistró que nos recibe con su chimenea y su música de jazz. Es el lugar perfecto para acabar una gran noche.



A la mañana siguiente me despiertan los gritos de una chica en el pasillo del hotel.

—¡Ladrón! ¡Atrapan al ladrón! ¡Ladrón! ¡Auxilio!

Aquellos gritos desatan todas las alarmas en mi cabeza, como un terremoto que nos quita de golpe la falsa sensación de estar parados en un piso siempre firme.

Por un momento, no sé si los gritos son míos, de Laura o, como en efecto, de una desconocida.

Me pongo algo encima y corro a la puerta. Ahí está Laura en cuclillas, junto a una chica en pleno llanto. Obviamente es una colega: una «combatiente» caída en batalla.

Está desecha, con las uñas clavadas en la alfombra del pasillo, toda rabia, con el maquillaje vuelto un cuadro abstracto.

—El desgraciado... me ha robado hasta el último euro..., todo lo que me he ganado. Me sacó una navaja y le tuve que decir dónde tenía el dinero escondido. Ahora no sé qué voy hacer, no tengo ni para comer...

Ahí está, pues, frente a mí, la verdad. Es uno de los muchos riesgos que cada día trato de olvidar... y olvido ¿Cuántas veces me he repetido aquello de «es un trabajo como cualquier otro»? ¡Sí, cómo no! Cuando el cliente entra en la habitación y cierras la puerta, pones a girar la ruleta. Se abre un paréntesis donde todo puede pasar. Es la selva. Sí, como en los documentales de animales que pasan por la tele. Hay cazadores, hay cazados, y de vez en cuando aparece un tercero, un hijo de puta oportunista que se aprovecha de su fuerza y se zampa toda la carne.

Una vez vi uno de un guepardo, creo. El animal acechaba pacientemente a una manada de antílopes hasta que escogía a su presa. De pronto, como en una explosión, iniciaba la cacería a toda velocidad detrás del venadito zigzagueante.

Decían en el documental que cada carrera del guepardo exigía un gasto de energía tan enorme que el animal no puede darse el lujo de fracasar demasiadas veces. El caso es que atrapó a su

presa, la aferró por el cuello y así la mantuvo hasta matarla. ¿Cómo terminó todo? Pues, cuando ya estaba listo para comer, apareció un león y le sacó la navaja..., o sea, las garras. El guepardo está en la sabana abierta y puede huir...; no está encerrado en una habitación. El león es poderoso, puede —si quiere— matar al guepardo o puede dejarlo vivir, así de simple. El pobre bicho, por si fuera poco, debe sentirse agradecido por estar vivo.

Es uno de esos momentos en que me pregunto si realmente vale la pena... Hasta que finalmente me envuelve esa sensación —al mismo tiempo frustrante y reconfortante— de no tener realmente una mejor opción. ¿O sí? ¿Será Karl esa opción? Demasiado pronto, lo sé, pero mi imaginación vuela, incontrolable, y proyecta su sueño: familia, hijos, casa. Le pido el milagrito a Cachita, mi tocaya: «Virgen de la Caridad, ten caridad con Cecilia de la Caridad». Ya son veintisiete años y estoy cansada de ir arrastrando la maleta de un sitio a otro... Yo sí que soy peregrina, más que cualquiera de esos que hacen el Camino de Santiago.

—Tranquila, mujer. Yo me llamo Cecilia y ella es Laura. Tú no te preocupes por nada. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No. No me ha hecho daño. Muchas gracias..., gracias... Soy Karol.

—Entonces todo tiene solución; no te queda otra que volver a empezar.

Poco a poco logramos calmarla. Lo primero es evitar más daños. Ubicamos el número del ladrón en el móvil de la chica y lo apuntamos. Así lanzamos la alarma vía SMS a toda nuestra red. Es improbable que alguna se lo encuentre, pero nunca se sabe.

—Pues, yo lo que hago cuando veo que me hablan enredado, como fumaos o borrachos, cuando te preguntan el número de la habitación todos nerviosos y ni tan siquiera te han preguntado por los servicios que haces, yo a esos no les doy detalles, porque prefiero no ganar nada que meterme en problemas.

—Ya, si me pilló desprevenida. Yo estaba medio dormida cuando contesté el teléfono. Seguro que andaba merodeando por aquí, porque llegó rapidísimo.

Karol es colombiana, de pelo largo y muy negro, alta y voluminosa, muy guapa de cara. Una sonrisa como para anunciar dentífrico. Nos hicimos inseparables durante aquellos días, siempre juntas las tres en nuestras horas muertas, compartiendo anécdotas del trabajo en largas conversaciones que siempre acababan con aquello de «deberíamos escribir un libro».

La amistad, sin embargo, se desgastó rápido con lo que nunca falta. Mi teléfono sonaba y Karol siempre con el mismo comentario:

—Oiga, hermana, a usted sí que le suena el teléfono... A mí casi no me llaman.

Me llenaba de elogios, pero en la mirada se le veía la envidia. No hacía nada por mejorar su situación, por ejemplo, cambiar la foto o el texto de su anuncio. Se dedicaba a estar pendiente de lo que hacía o dejaba de hacer. Si mi mamá estuviera conmigo ya estaría rezándole la oración a

San Luis Beltrán, que no falla contra el mal de ojo.

Qué rápido se pasa de la compasión a la amistad y de la amistad al rechazo. No soy supersticiosa, pero esas malas energías son un lujo que yo no me puedo dar. Empecé a hacerle el vacío y a buscar la manera de alejarnos. Debería ser fácil, pues es momento de volver a Madrid y poner el dinero a buen resguardo. Pero Oslo ya no es otra parada más... Aquí está Karl.

¿Está? ¿Qué es lo que hay además de unos mensajes en el móvil? Lo que hay son las ganas locas de volverlo a ver. Sí, eso está claro. Pero han pasado los días y no nos hemos visto... Solo unas excusas que, como todas las excusas, vienen con las dudas incorporadas.

«El que quiere besar busca la boca», me dice Laura cuando me ve revisando el móvil, esperando siempre el próximo mensaje. Sí, hay refranes que son como lápidas.

Mando un texto de despedida, escrito desde mi orgullo, escogiendo cada palabra para no parecer demasiado entusiasmada ni demasiado indiferente. El negocio llama: nos ponemos a buscar billetes por Internet.

Carísimos, como es de esperar en navidades. Al final damos con algo accesible en los vuelos *low cost*. Le doy a «comprar» con la sensación de estar cometiendo un error. Laura me ve con esa mirada cómplice que penetra hasta mis pensamientos...

—¿Qué vas hacer estas navidades?

—Nada... Quedarme en casa, descansar, ver la tele, ir al teatro a ver *El rey león*.

—¿Qué tal si pasas nochebuena en mi casa? Siempre vienen amigos. Además, hacemos comida colombiana... Te va a gustar.

—No sé, me da vergüenza, no conozco a nadie.

—No seas boba. Verás que lo vamos a pasar genial.

Así es... Yo pensando en todo lo que no tengo o en lo que tengo, pero está demasiado lejos, y viene Laura, como siempre, a recordarme lo que está a mi lado. ¿Cuánto vale una verdadera amiga cuando una anda por estos caminos tan solos?

A la mañana siguiente nos pegamos un madrugón tremendo, porque nuestro vuelo sale muy temprano. Levantarme antes que el sol siempre me trae recuerdos, la mayoría buenos. Mi papá, por ejemplo, sacándome de la cama, entre susurros, para que lo acompañara a pescar en el Malecón. Ahí vamos, con la vieja caña remendada y los señuelos que él mismo fabricaba martillando amorosamente pedacitos de hojalata. Pececitos metálicos que él lanzaba lejos y luego arrastraba sobre la superficie del agua. Sus hábiles movimientos de muñeca hacían que el señuelo simulara un pez herido hasta que, con suerte, algún pez verdadero y voraz se dejaba seducir y mordía el anzuelo. Poco después papá desapareció. Otro balsero del que nadie más nunca supo. ¿Era eso en lo que pensaba cuando, sin yo saber por qué, dejaba de pescar, apoyaba la caña como un bastón y se quedaba con la vista perdida en el mar, más allá del mar?

Miro por la ventanilla de este avión y no dejo de pensar en cómo se parecen su destino y el

mío. Él en peores circunstancias y con peor suerte. Yo aquí, en esta balsa con alas, remando duro, espantando a los tiburones, siempre con el riesgo de naufragar.

Ahora solo pienso en llegar a mi pisito en La Latina, una buhardilla que a veces logro tener muy mona, con mis plantas que ahora estarán muertas, reseca. Me gustaría un animalito, pero ya sabemos... Compraré plantas nuevas, como siempre. No son una gran compañía, pero peor es nada. Laura, tan práctica, dice que me compre un cactus. ¡Vaya compañero de piso! Espinas las justas...

La soledad tiene sus ventajas y hasta sus lujos. En casa me consiento. Ya me veo en mi sofá, acurrucadita con la manta, la tele finalmente en español y mi capuchino calentito con su toque de vainilla y pepitas de chocolate. Lo que llaman la gloria. Y si hay ánimo, a la tele y pongo el tocadiscos que compré en un mercadillo de Alemania, con mis discos de siempre. Vente conmigo, Aretha Franklin; bailemos juntas un rato. Vamos a pedir un respeto y discúlpame el inglés tan chapurreado. Sí, soy cubana, pero el *rhythm and blues* es lo mío.

Sin embargo, antes que todo, hay que cumplir el ritual de San Euro, o sea, tumbarme en la cama a organizar y contar los billetes. Es el mejor ansiolítico. Solo ahí, delante de la cosecha, tengo al menos por un rato una sensación de tranquilidad y seguridad.

Sobre todo, veo que se acorta la distancia hacia esa casa que me he propuesto darle a mi madre. Y cuando la tenga, habrá margen para un buen gusto; quizás un viaje de verdadero placer a Nueva York. Voy a entusiasmar a Laura para que hagamos un viaje exploratorio a la gran manzana. Al fin y al cabo, ya somos jugadoras de «grandes ligas».



Fin de año. ¿Fin de qué, en realidad? Cuando dejé atrás Cuba dejé también la alegría de estas fiestas. Al contrario, tanto entusiasmo y tanta cava y tantos peces bebiendo en el río solo alborotan

la melancolía.

Hoy me asalta esa sensación, casi convencimiento, de que me he inventado un cuento de hadas con mi galán de Oslo. Después de pasarme todo un día de vaga –o más bien de vaca, por lo mucho que rumiaba mis penas, penitas, pena–, decido que algo hay que hacer. Me ducho, me visto y, siguiendo el consejo de Laura, salgo en busca de nuevas opciones. Las quiero todas.

Como la salsa no se me da nada mal, me inscribo en una academia de baile. Y no solamente eso, también me apunto al gimnasio y a una página web de esas, de citas a ciegas.

Voy a por todas, comprando varios números de la lotería de la vida, a ver si doy con un premio. No tiene que ser el gordo, no pido tanto, pero uno que me dé un poquito de estabilidad. Ya está bueno de seguir sola, dando tumbos.

Para acabar de ahuyentar los fantasmas tristes, paso por la peluquería. Ya decidí que esta noche la pasaré bien, bailando hasta que no pueda más, y quiero estar muy guapa. Finalmente, a cumplir con el único rito que no puede faltarme en esta fecha: hablar con mi madre. Llego temprano, antes de que se saturen las líneas, antes de que millones de hijos extraviados congestionen toda la atmósfera con sus «¡Hola, mamá!».

Entro en el locutorio y, como siempre, no puedo dejar de pensar que estas cabinas son iguales a esos salones de visitas carcelarias que salen en las películas. Con la diferencia de que, en lugar de un cristal, hay un océano de por medio. ¿Quién es el preso y quién el visitante? Cualquiera diría que, obviamente, el preso es el que está en aquella «isla cárcel». Y bueno, sí algo hay de cierto. Yo también, de alguna manera, me siento presa. ¿Quién puede sentirse libre en realidad? Creo que la soledad puede ser también un calabozo.

—¡Oigo, oigo, dígame!

Es la voz de mi vecina María. En casa no tenemos teléfono y tuvimos que tirar un cable y sacar una extensión desde su casa a la nuestra, después de ar los gastos, claro. Eso en Cuba es habitual.

—María, soy yo, Cachita, de España. Pégale un grito a mi mamá y dile que coja el teléfono, por favor.

—¡Diga! ¡Diga!

—Mamá, soy yo.

—¡Ay, hija, qué alegría! ¿Tú cómo estás? ¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien, mamá, todo bien... ¡Qué te digo!... Los señores que cuido se portan muy bien conmigo y hasta estoy aprendiendo euskera.

—¿Euskera? ¿Eso qué es?

—Euskera, mamá, lo que hablan aquí, en Bilbao. Bueno, los vascos.

—Ah, bueno. Tú siempre fuiste buena estudiante, seguro que ya te defiendes bien con el... con el idioma ese. Sí, hija, no te quedes toda tu vida cuidando viejitos. Tú vales mucho, no se te

olvide... ¿Tú los cuidas o eres como una mujer de servicio?

—No, solo los atiendo, les llevo comida, los ayudo un poco... Sí, mamá, vas a ver que sí, ya saldrá algo mejor... Este... Bueno..., te dejo, que esto cuesta mucho..., ya sabes... ¡Ah!, te mandé el dinero esta mañana; ve a recogerlo... Un beso muy grande, mamá. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, mijita. Cuídate y que Dios te acompañe.

Así es: en el mundo de mi madre hay otra Cachita. Una Cachita paralela que yo misma me he terminado por creer a fuerza de detalles, de pequeñas mentiras. A veces converso con ella, le pregunto cómo le va, si ha valido la pena, si no sería mejor dejar las cosas así y regresar a Cuba.

—Escúchame, guapa: para pasar tanto trabajo aquí mejor hacerlo en La Habana. Menos perros, menos pulgas...

Mi familia imaginaria de Bilbao no está mal. Son un par de amables jubilados, más solos que la una, con unos hijos que sin estar al otro lado del Atlántico están tan ausentes como yo para mi madre. Lo de cuidar es cuento; Cachita es la chica de la limpieza. Ya ven: en mi cabeza hay mentiras dentro de las mentiras. Debo estar un poco loca... o loca completa. En fin, esos viejitos inventados son gente buena, pero al final está la verdad: trabajar donde otros cagan. Así sea con guantes y tapabocas y lo que quieras, es así de simple... Nadie debería limpiar el excusado de nadie. Yo por ese aro no paso.

Sé que mi pobre mamá se atormenta un poco pensando que esa gente me maltrata, como siempre ocurre en las telenovelas. ¡Veíamos tantas telenovelas! Siempre había un secreto, un secreto terrible. Mi mamá no es tonta, yo lo sé, y seguro se intuye que hay un secreto detrás de mis llamadas. Quizás estamos como bobas las dos, jugando a no saber... Quién sabe. Ojalá ocurra como en las telenovelas: después de cien capítulos, después de mil enredos y sufrimientos, todos los secretos se revelan y llega la felicidad con música de violines.

Vuelvo a casa para prepararme. Iré a la fiesta de Laura para ahogar en cumbia y ballenato todas las tristezas. Hay que darle alegría al cuerpo antes de retomar la faena. Antes del Día de Reyes estaremos de nuevo en Oslo. Sí, decidimos repetir dada la buena experiencia..., especialmente la mía. Una última oportunidad para mis ilusiones con Karl, para mí «Richard Gere», como dice Laura.

—Cachita, niña, concéntrese que está flotando; póngase en lo que estamos, deje ya de estar pensando en Karl, que seguramente que es casado.

Esa es Laura en su versión abuelita colombiana, tratándome de usted. A veces pienso que le molesta un poco que haya conocido a alguien especial. Celos de amiga. O quizás lo hace por mi bien, para que no sufra un desengaño amoroso, como le pasó a ella con su novio de toda la vida, que la dejó por otra. De tal rebote que se pilló, cogió un avión y no paró hasta Madrid.

Y estoy aquí, en esta fiesta ajena, rodeada de gente buena que, tristemente, no es la mía. Casi todos bailan, pero a mí se me han ido las ganas. Laura viene al rescate y me lleva a un rincón,

como siempre para hablar de trabajo, en susurros...

—Oye, Laura, ¿por qué en vez de irnos a ese hotel de mala muerte, no buscamos uno mejor, así podemos decir que somos de alto standing?

—No sé..., es más complicado. Ya sabes que en esos hoteles es difícil trabajar. En cualquier momento te llaman a la policía y te echan como un perro. Además, no te devuelven el dinero aunque hayas ido por adelantado.

En realidad, yo solo pienso en Karl, en que reaparezca él y todo el encanto de nuestro encuentro, pero en un ambiente más bonito... Aunque pensándolo bien, le diría que nos veamos en otro lugar, en otro hotel, en una cama con menos memoria.

—¿Qué pasa? ¿Has estado hablando con él?

—Sí..., más o menos..., por WhatsApp. Me ha dicho que es bioquímico y que está separado.

—¡No me habías contado nada! ¿Qué calladito te lo tenías!

—Viaja mucho por trabajo... Me ha dicho que cuando vaya se va a organizar la agenda para hacerla coincidir.

«Putá enamorada, puta arruinada», dice siempre Laura. Y muchas historias que he visto me lo confirman... Sí, quizás debería centrarme en mis prioridades, en seguir engordando el pote para la casa de mamá, por ejemplo. Pero tengo un corazón, sí, el corazón de doña Rosita siempre esperando que por la puerta aparezca el hombre tantas veces soñado.

—Tú tranquila —le digo—, ya me conoces, cuando el hambre me entra por la puerta, el amor me sale por la ventana. Además, sabes bien que yo no doy un paso sin guaracha.

Mejor cambiar el tema. Laura me pone al tanto: todas las reservas hechas. Nos ha salido por setecientos cincuenta euros avión y hotel. Queda pendiente apartar el dinero de la publicidad y de los demás gastos. Son unos mil euros de inversión, lo mismo de siempre.

—Nos vamos el próximo lunes. Había un vuelo para el martes más barato, pero dicen que eso trae mala suerte.

A correr, pues, que la vida sigue. Me faltan las compras de última hora, incluyendo lubricante, que buena falta me hará si las cosas marchan bien, y una buena provisión de chuches.

—¿Quién habrá inventado eso de decirle «chuches» a los preservativos?

—Quién sabe, Laura... Será porque nos quitan el hambre.



CAPÍTULO 5

Mientras aterrizamos en Oslo no puedo disimular mis nervios. Le escribí a Karl avisándole del viaje, y sus respuestas no fueron muy entusiastas... Bueno, quizás no tan entusiastas como yo desearía. Laura me observa, me adivina y, como siempre, me busca la risa con cualquier tontería. Toma la infaltable revista de avión y me señala un artículo.

—¡Anda!... Mira tú... Noruega es el segundo productor de mariscos del mundo... ¿Será por eso que estos tipos van siempre tan cachondos?

—No sé, Laura, pero lo importante es que quieran repetir con nuestras almejitas.

Salgo del avión y atravieso los espacios del aeropuerto con una idea fija: encontrar entre aquellos cientos de rostros el de Karl. En el primer baño que consigo hago una parada para retocarme el maquillaje y pintarme los labios rojos Chanel, como a él le gustan. Llevo unos vaqueros ajustados y una blusa razonablemente sexy, con un blazer, y mi cabellera rizada toda suelta.

Quiero verlo sonriente, esperándome..., pero nada. Cada puerta que paso es una desilusión. Al atravesar la salida, el frío noruego me termina de helar el alma. Junto a los taxis veo una curiosa escultura plateada que muestra una figura humana lanzando un avioncito de papel. Me quedo atontada ante esa silueta que, en medio de este frío mortal me devuelve al calor de La Habana, a aquella niña que también lanzaba avioncitos de papel periódico tripulados por hormiguitas. Me los hacía papá con grandísimo cuidado, calculando muy bien cada doblez para que el resultado fuera perfecto, para que volara recto y limpio. Así, con esa misma dedicación lo imagino construyendo la balsa de su último viaje sin adiós ni regreso.

Y así, en medio de ese golpe de tristeza, me sorprende la felicidad: ahí está Karl. Viene a mi encuentro con un ramo de rosas rojas que él tiene que levantar como una antorcha para recibir mi abrazo. Nos damos un beso largo y profundo sin hacer el menor caso de las toses y risas de Laura.

—¡Ah, bueno! ¿Y entonces? ¿Van a seguir contando la plata delante de los pobres? ¿Será que les echo agua o les pego candela a ver si se despegan?

Le regalamos a Oslo unas carcajadas de esas que no se oyen en estas latitudes, haciendo que algunos transeúntes nos miren sonrientes mientras que algún otro nos contempla hosco con una mirada de reproche. Hago lo que nunca haría en estas circunstancias.

—¡Tranquilo, cara pálida! ¡Y sonrío, que aquí llegó la alegría!

¿Qué me pasa con este señor? No me pregunten mañana, pero hoy estoy convencida de que Karl es el hombre de mi vida. Me lo quiero comer y beber completo. Que se prepare, porque lo que es esta noche voy dispuesta a todo: le voy a bailar el mambo con el chachachá para que se entere de lo que es una mulata enamorada.

—*Darling*... ¿has tenido buen viaje?

Ay, qué muchacho tan formal. Claro que he tenido un buen viaje, porque un final así hace que a una se le olviden todas las turbulencias.

Nos vamos juntos en un taxi hasta el hotel. Nos despedimos con otro beso que, más que beso, es una promesa, y quedamos en que pase a recogerme a las siete para ir a cenar juntos.

Apenas entro a la habitación noto que Laura está algo mosqueada y mirándome con cara de «ya yo sabía». Pero mi contentura es a prueba de cualquier reproche. Me río y le hago hasta unos pucheritos para convencerla de que nos tomemos, por una vez, las cosas con calma. Hay que descansar y estar listos para la batalla a partir de mañana.

Esta noche es mía... nuestra, Karl. Me lanzo a la cama y me entrego al sueño, y ahí sigues, pero te me apareces vestido como el pescador noruego de la enciclopedia..., pescador, como papá..., y yo enganchadita al señuelo, dejándome llevar mientras tú desde la orilla recoges el hilo para sacarme del agua, para rescatarme.

Al despertar, veo que son más de las seis. Me ducho rapidísimo, me arreglo y bajo al *lobby*, siempre con algún gusanito en la panza por la posibilidad de no encontrarte. Pero ahí estás, puntual, disipando mis fantasmas.

Mientras damos un paseo por el centro, intento disfrutar este momento de noviecitos que hace tanto no experimento. Las vitrinas me devuelven una imagen encantadora. Sí, yo soy esa chica guapísima con el pelo suelto y la boina blanca con cristales Swarosky y los guantes blancos que le hacen juego, enganchada a este galán nórdico... Pero hay algo que supera cualquier romanticismo en mi cuerpo caribeño: este frío horroroso. Los dedos me duelen de tan gélidos que están, y como no entremos rápido en algún sitio me va a tener que llevar, pero para el hospital con hipotermia. Nunca le faltan unas gotas de realidad a las ilusiones.

—Karl, por favor, ¿está muy lejos dónde vamos? Es que se me está congelando todo, y yo no estoy acostumbrada a tanto frío, mijo...

—Tranquila, *darling*, es aquí a la vuelta.

Al fin llegamos. Es un restaurante típico del país, con mesas rústicas, todo de madera, incluyendo los platos. Uno de esos sitios donde la gente de ciudad y con dinero disfruta en un ambiente propio de lo que, probablemente, es su pasado rural y pobre. Quién sabe si algún día en mi Cuba, cuando por fin llegue la prosperidad, se pondrán de moda restaurantes donde la gente vaya a sentarse en mobiliario reciclado y a comer bistec hecho con berenjenas o picadillo de concha de plátano y a tomarse un exquisito express hecho de café con chícharos.

Huele a una especia llamada angélica, que le da un sabor peculiar a las comidas. No sé por qué, pero me resulta muy familiar, tanto como el olor de la leña que inunda el sitio. Pido que nos pongan cerca de la chimenea para entrar en calor, pero lo que verdaderamente me reconforta son las manos de Karl frotando las mías, todo dulzura. Me enamora más a cada minuto.

Se acerca la camarera y yo tengo el ánimo para atreverme con cosas nuevas: me pido reno con guarnición de patatas cocidas. Por supuesto, acompañado de un buen tinto. Quiero darme gusto... en todo.

Cada bocado fue exquisito, y la cena entera un constante mirarnos y disfrutar el estar juntos. Al terminar, noto a Karl algo nervioso... Increíblemente muestra un pudor que no tuvo en nuestro anterior encuentro. No sabe cómo pedirme que vayamos a su casa y ya está hablando de otro paseo. Tengo que ayudarlo y darle un empujoncito.

—Cariño, ¿quieres que vayamos a tu casa? Nos ponemos una peli y pasamos la noche juntos. Hace mucho frío para estar paseando.

Vaya que tiene su encanto eso de no llamar a las cosas por su nombre; eso de no decir lo que los dos sabemos que queremos. Todo un contraste con mi oficio, donde no tiene cabida ningún eufemismo.

Llegamos a su ático, cerca de la estación central. El salón es gigantesco con unas cristaleras que dan vértigo al asomarse. Pero con la chimenea encendida y una música de jazz muy suave, como sabe que me gusta. Me siento cada vez más en paz, cada vez más relajada.

Abrimos una botella de champán para mí y una de vino para él. Alguna diferencia de gusto tiene que haber. Nos besamos largo, largo, como dos quinceañeros, y paramos de vez en cuando para reírnos, para mirarnos, y nos pasamos sorbitos de champán y vino boca a boca. Luego, en algún momento que ya no recuerdo, nos desbocamos...

El cielo ya aclara y no puedo creer que hayan pasado tantas horas. No sé cuántas veces lo hicimos. Estoy exhausta y a la vez frenética, llena de satisfacción, con un hambre que no sé si es de comida o de Karl. Me siento insaciable..., pero sé que en algún momento hay que parar. Hay que romper el hechizo y volver a nuestra realidad. Él tiene que ir a trabajar... y yo también.



CAPITULO 6

Le entro a la faena con renovada energía. Llegué hace apenas un rato de mi cita con Karl y antes de subir a la habitación desayuné, o más bien tomé por asalto el bufet con un hambre vikinga. Enseguida me pongo a deshacer la maleta y a instalar mi *portatil* para conectarme al Internet y preparar la publicidad. Laura está que no puede creer mi dinamismo. Claro, esperaba encontrarme destruida y seguro que me tenía un discurso preparado sobre la incompatibilidad del romance y el oficio. Y algo tiene de razón... El amor ablanda el callo que se ha ido formando para lidiar con las miserias del trabajo.

Esta vez pondremos dos anuncios cada una en la misma página web. Más inversión, pero mayor beneficio. En un aviso estoy de oferta y en el otro soy de alto standing.

Tendré que cambiar un poquito la voz, porque normalmente suelen llamar los mismos tipos a todas las chicas de la página, y claro, hacer malabarismos con dos móviles. Me hago a mí misma la competencia y todo queda en casa.

—Cecilia, ¿tú de qué te vas a poner en el anuncio?

—Pues, en uno de latina y en el otro de asiática, que gusta mucho.

Así es, les encanta el rollito japonés, con sus chicas aniñadas, medio tímidas, medio putonas, con sus falditas colegiales escocesas. ¡Ay, Dios, qué de vericuetos internacionales tiene el morbo masculino!

—¿De asiática? ¿Y cómo piensas hacer eso, chica?

—Pues si pican con la china, me pinto bien alargada la raya del rabo del ojo, me aliso el pelo con la plancha y pongo la habitación oscura.

—Si es así, a mí me haces uno de rusa, que me he traído unas lentillas azules y una peluca rubia.

Todo es un juego de máscaras. El que se lo quiere creer se lo cree, y el que no, pues que se

vaya a otra parte.

—¿Y si te viene un ruso de verdad qué le vas a decir?

—Que mis padres me llevaron de pequeña a España y que no hablo ruso.

Ya está todo listo y, para hacer tiempo, salimos a dar una vuelta por la ciudad. Algo de turismo hasta recibir las primeras llamadas.

Estando en el centro, cerca de la estación central, se nos acerca una chica. Probablemente nos ha escuchado hablar en español. Se presenta directamente.

—Hola. ¿De dónde sois? Yo me llamo Ana.

Algo normal cuando lo escuchan a uno hablar español en el extranjero. Igual me pongo en alerta, pues nunca se sabe. No me considero una delincuente, pero a fin de cuentas estamos aquí ejerciendo una profesión no muy popular entre las autoridades. Laura, en cambio, no desconfía.

—Hola, yo soy Laura y está es mi amiga Cecilia. Estamos de paso, por pocos días. ¿Tú vives aquí?

—Sí, desde hace dieciocho años. Tengo una agencia de masajes, por si queréis trabajar.

No lo entiendo. Nosotras siempre vamos bien arregladas y sobre todo muy discretas. ¿Cómo sabe a lo que nos dedicamos? Momentos como éste me hacen sentir que el trabajo me ha terminado por dar una identidad que no es la que yo creo tener. Cuando me veo al espejo contemplo una chica que podría ser común y corriente, normalita, que podría pasar desapercibida. Una chica que podría, por ejemplo, volver mañana a Cuba y reencontrarse con cualquiera sin tener que dar explicaciones, o sencillamente contando una bonita mentira sobre sus años en España. Pero quizás no..., quizás verían claramente lo que yo no soy capaz de ver. Ya ven, esta desconocida nos ha radiografiado. Será por eso que dicen: «ojo de loca, no se equivoca».

—Nosotras venimos de Madrid —dice Laura mientras coge la tarjeta de visita de nuestra nueva amiga.

—¿De Madrid? Mira tú, si nos hubiéramos conocido antes les habría pedido que me trajeran Voltarén, porque es buenísimo. Además, allá venden unas pelucas que son mucho más baratas que aquí. En la tarjeta tenéis mi email para cualquier cosa.

Y así como apareció, se fue.

—A esta la vamos a llamar Anita Voltarén —dice Laura.

—Pues, sí... No es la mejor publicidad para una «masajista» ser adicta a un desinflamatorio.

Los teléfonos comienzan a sonar y a recibir mensajes, sobre todo por mi anuncio de asiática. Me toca responder las primeras llamadas, aunque hacerlo en la calle no es lo más cómodo. Regresamos directo al hotel y Laura, al ver el éxito de mi anuncio, me dice que le cambie el de ella y la ponga de hawaiana.

—Tú sí que tienes cosas... Mientras no te pase como a la pizza hawaiana.

—¿Cómo dices?

—Sí, la hawaiana, que siempre está en el menú y nadie la pide.

Laura me vira los ojos; sabe que todo es broma. Insiste en su idea y rápidamente se pone a hacer los deberes, incluso buscando un poquito de información del país, sobre cantantes famosos, comidas típicas y cosas así, como si los clientes le fueran a hacerle una prueba de cultura general. En fin, será por aquello de «entrar en personaje» que dicen en el teatro.

Por mi parte, no me puedo quejar. La inversión asiática es un éxito. De diez que vienen, siete se quedan sin protestar ante esta geisha caribeña. Lo que no tengo en ojos rasgados lo tengo en muchos otros atributos. Los demás, los puristas, se van disgustados. Ellos se lo pierden. Lo importante es que la caja registradora sigue haciendo tilín, tilín. Son días buenos: euros en el bolsillo y esperanza en el corazón. Cruzo los dedos y miro de reojo al cielo, rogando porque nada venga a enturbiarme la alegría. Veremos...



Hoy me levanté temprano para ir a la oficina de correos y mandarle algo de dinero a mi madre. Desde navidades no le envió nada. Es que me pongo un poco tacaña con lo de ahorrar para comprar la casa en Cuba. Ahora, cuando hable, le preguntaré cuánto llevamos guardado, porque tuvo que coger algo para arreglar la casa después del último huracán. Medio tejado se llevó la ventolera. Cuando no es una cosa, es otra.

—Laura, acompáñame al locutorio que tengo que llamar a Cuba. Hay que darle a mi madre el número de referencia del envío que acabo de hacerle.

—¿Vas a despertar a tu vecina a las cuatro de la mañana? Se van a asustar.

Esto de la diferencia horaria siempre se me olvida. En el fondo no me gusta. Quizás hay algo inconsciente..., algo dentro de mí que sigue estando siempre allá. Si estoy desayunando me gusta creer que allá también lo están haciendo. O si me asomo a la ventana y veo la luna, me consuela

imaginar que alguien allá también lo hace exactamente igual. Pero no es así... Mis dos mundos viven en un tiempo diferente. Dos mundos que corren paralelos y con horas de diferencia.

—Tienes razón. Vamos a comprar lo que querías y después volvemos, pero recuérdame, por favor. Últimamente tengo la cabeza solo para llevar pelo.

Hace un día soleado, de esos que en principio dan gusto para pasear y mirar escaparates. Un día de esos que se agradecen en invierno, pero aquí el frío es implacable y se te va metiendo hasta los huesos. El sol es una ilusión; nada que ver, por supuesto, con el nuestro, el caribeño, que todo lo ilumina y lo calienta. Voy, pues, como una cebolla, con todas mis capas de abrigo. Luego entro en una tienda y comienza el ritual de los probadores.

Confieso que me divierte toda esta frivolidad, este juego de decisiones sobre qué me queda más lindo o qué me hace ver más flaca o glamorosa. La vida debería tener probadores para las grandes decisiones: te pones una, ves cómo te sienta y, si no te convence, vas a por la próxima. Lamentablemente, esas grandes decisiones a menudo no tienen retroceso. A veces, ni siquiera se pueden llamar decisiones, pues, ¿quién decide realmente con libertad, sin miedo, con todas las cartas en la mano? Una va haciendo lo que buenamente puede, con las pocas opciones que te da la vida. Una quiere y trata de hacer, no sé, una ensalada César, pero casi siempre te encuentras con que lo único que hay en la cocina es una cebolla y medio tomate.

Ya ven cómo mi mente vuela. Mejor vuelvo a la diversión de estos espejos complacientes del probador, donde todo luce mejor que afuera. Aunque no estaba con ganas de gastar, siempre cae algo. El ganador es un vestido azul marino con un gran escote en V que me queda estupendo. Laura me termina de convencer. Lo voy a dejar para cuando vuelva a ver a Karl. Igual me animo y me compro alguna lencería también para ir de total estreno ese día. ¡Qué ganas tengo de volverlo a ver! ¿Le pasará a él lo mismo? Todavía no me animo a creermelo que todo durará, que no será otro de tantos fuegos artificiales.

—Cecilia, vamos de una vez para el locutorio para que llames a tu madre, que ya son las dos de la tarde.

Entro al locutorio y, como siempre, me produce cierta sensación de tristeza el ver los rostros de las personas que están sentadas, esperando que se quede una cabina libre. Son demasiadas historias concentradas en tan poco espacio. ¿A quién extrañan? ¿Por quién están preocupados? Son... somos gente dividida, con el cuerpo aquí y la cabeza en otro país.

—María..., soy yo, Cachita. Por favor, llama a mi madre y apúrate que esto cuesta mucho.

Veo a María con su eterno delantal, ese que lleva desde que se levanta hasta que se acuesta. A la primera oportunidad le enviaré uno nuevo para que cambie de modelo.

—¡Mija! ¿Cómo estás, mi vida? Días pensando en hablar contigo para contarte una sorpresa que te tengo.

—Mamá, escucha, anota, por favor, el número de referencia del dinero que te acabo de enviar.

Este es para ti, para que te compres lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? ¿Seguro?

—Claro, mami, lo que tú quieras. Pero..., bueno, cuéntame primero cuál es esa sorpresa.

—Pues que le he dado muchas vueltas a la cabeza, pensando en todo este tiempo que no te he visto y en las ganas que tengo de abrazarte y..., pues, que me voy a Madrid a visitarte. Yo he ido ahorrando y, pues, con lo que me mandes ahora seguro completo para el pasaje.

Mi primera reacción fue decirle que no lo hiciera... Sí, ya sé que me la paso hablando de mis dos mundos paralelos y de todas mis añoranzas, pero cuando después de tanto tiempo esos mundos vuelven a tocarse... Pienso en excusas, pero no se me ocurre nada. Al fin y al cabo, lo que dice es verdad y, de paso, ella también tiene su pasaporte español. ¿Por qué no habría de venir?

—Pero, mami... Ya va... No es tan fácil. Tú sabes perfectamente que yo trabajo fuera de Madrid. Tengo que organizar con mis jefes para pedir unos días de vacaciones. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Cariño, ¿parece que no te ha gustado la noticia?

—No es eso, mami, cómo no me va a gustar... Lo que pasa que uno aquí tiene una vida distinta. Yo tengo que trabajar y quiero atenderte bien.

—Déjate de boberías. Tú sabes cómo soy de independiente. Por mí no te preocupes, que cuando tú tengas que irte a trabajar, yo me busco un entretenimiento. Igual me apunto a clases de cocina, que tengo ganas de aprender de la comida española, que es muy rica.

Es un hecho. Mi madre vendrá y yo tendré que tomar algunas decisiones. ¿Trataré de ocultarle todo? ¿O será el momento de la verdad? Estoy cansada de tanta simulación. Y, sí, quizás sea hora de quitarnos la máscara. Al fin y al cabo, en Cuba estamos hechos de una pasta especial y no nos asombra nada.

Me la imagino un poco triste, pero comprensiva, quizás diciendo: «Pero si yo ya lo sabía, hija». ¿Y si no es así? ¿Y si le causo un dolor espantoso, una vergüenza horrible?

Salgo del locutorio en *shock*. Le digo a Laura que quiero caminar un rato sola. Quizás después hable con ella, que siempre tiene un consejo práctico para todo. Quisiera llamar a Karl para contarle. Su voz es melodía en situaciones así. ¡Cuánta falta me hace! En este mismo instante me gustaría abrazarlo, besarlo y que me envuelva con sus brazos. Pero no, algo me dice que necesito una dosis de soledad.

A veces, la vida nos envía señales difíciles de interpretar. Quizás todo esto que me está pasando contenga un mensaje secreto. Habrá que descifrarlo.



CAPÍTULO 8

La noticia de mi madre me quitó el frío de afuera y me congeló por dentro. Ya han pasado varios días y todavía sigo dándole vueltas a la cabeza. Por eso, ahora camino y camino por esta ciudad-refrigerador, sin buscar algún refugio caliente como suelo hacer. El anuncio es de esas curiosas cosas en la vida que nos inspiran miedo y atracción a la vez. Me aterra que venga y, también, me han entrado unas ganas tremendas de verla, de hablarle, incluso de poner todas las cartas sobre la mesa.

No me importa demasiado, por no decir nada, el qué dirán de los demás, pero el de ella sí... Y ahora me doy cuenta de que vivir engañándola se me ha convertido en una herida que no cierra.

Quizás, como me empeño en creer, no será para tanto. Nunca he escuchado a nadie insultando con un «madre de puta», y en cambio el «hijo de puta» todo el mundo lo tiene en la punta de la lengua. Y yo, como no pienso por lo pronto tener hijos..., pues un problema menos. Yo y mis divagaciones...

Pienso, como tantas veces, en mi oficio y siempre termino con la misma pregunta: ¿Por qué lo han complicado tanto? ¿A qué tanta inquietud por lo que cada uno haga con sus cavidades y concavidades? Te acusan de venderte, como si esa fuera la única forma de hacerlo. Todos vendemos algo. Recuerdo un novio muy fastidioso que tuve allá por los diecisiete años, comunista convencidísimo, que no me invitaba ni una entrada al cine porque eso implicaba «una forma burguesa de prostitución heredada del patriarcado» y que nuestro amor no podía contaminarse «crematísticamente». Le encantaban esas palabras larguísimas que pronunciaba enfáticamente con el dedo índice levantado muy a lo Fidel. A mí me parecía que el muchacho era tremendo tacaño y acabé mandándolo bien lejos con sus tonterías y pensando para mis adentros: «Este avisado lo que quiere es comerse el helado sin ar». Ahora que lo pienso bien, el muchacho tenía su punto de verdad...

No voy a decir que este sea una maravilla de oficio, pero al fin y al cabo todo trabajo tiene sus miserias, su cucharadita de mierda que hay que aprender a comerse tapándose la nariz.

Qué problema con esas cuatro letras: p-u-t-a. Recuerdo la primera vez que la escuché, no como una de tantas «malas palabras» que se dicen al aire, sino cargada con toda su munición de chisme y maledicencia. Me la dijo al oído una amiguita, tendría yo ocho años creo, y la disparó contra una vecina muy simpática que, vaya usted a saber por qué, tenía unos horarios extraños de entrada y salida de su casa.

—Dice mi hermano que ella es puta, putísima.

Yo puse cara de entendida y me quedé con una curiosidad secreta que solo pude satisfacer a retazos de información. Poco después fui atando cabos y supe que algo tenía que ver con aquello que entre risas le decía mi tío Joaquín a mamá cada vez que se emborrachaba, mirando las precoces formas de mujer que asomaba mi cuerpo:

—¡Vigila ese virgo, que es el último que queda en la familia!

Por fortuna, mi madre no era una beata obsesionada con la virginidad y, además, no tenía tiempo ni energía para andar en esas boberas, más en tiempos en que la única preocupación era llevar comida a casa. Tiempos duros para ella, cargando sola con tantas penurias. Pero no para mí, que viví mi infancia y mi adolescencia con una alegría a prueba de pobreza. La libertad de estar por esas calles, jugando a más no poder, compensaba cualquier carencia. Paradojas de la revolución que, mientras más libertad les quita a los adultos, más se la da a los niños.

Y en esas calles fui entendiendo también el misterioso encanto de aquel famoso «virgo», que desapareció con igual alegría cuando los juegos de niña se pusieron más interesantes. Fui entendiendo y descubriendo el placer, por supuesto, pero también el poder que nos da el sexo si lo sabemos administrar. Creo que muchas mujeres no se atreven a confesarlo, pero hay un disfrute muy especial en ver la voluntad de un hombre a tus pies, esperando el sexo como un perrito al que le enseñan la correa para salir a pasear.

¿Es una falta tan imperdonable utilizar ese poder para ganarse la vida? ¿Habría acaso una oscura envidia en tanto ensañamiento?

¿No tiene uno derecho a usar ese poder, ese capital, esa llave tan poderosa para encontrar una salida cuando la vida se te llena de puertas cerradas y candados? Y todas esas reflexiones que me hago caminando como una perdida en esta ciudad helada, ¿no serán justificaciones que estoy buscando para esa conversación que quién sabe si tendré con mi madre?

En fin..., estoy cansada, me duelen los pies, tengo las manos entumecidas de frío y lo que realmente me apetece es estar con Karl. O mejor todavía: meterlo en una maletica y llevármelo de viaje para alguna playa muy, muy lejana. Llevármelo, por ejemplo, a mi Habana querida, y pasear juntos por el malecón, sin importar que las olas nos empapen, que para eso está ese sol maravilloso. Tantas cosas... Quizás simplemente caminar desde El 1830 hasta el paseo del Prado,

sentarnos en la terraza del Hotel Inglaterra, tomarnos unos mojitos escuchando un trío de guitarras y reírnos cuando nos canten aquella de Agustín Lara: *Vende caro tu amor, aventurera...*

Qué cosas... Las novedades de mamá me han puesto demasiado nostálgica. Es increíble todo lo que puede viajar nuestra mente durante una caminata. Y hoy atravesé el océano varias veces.

Pero ya estoy en el hotel, cruzando pasillos para llegar a la habitación de Laura, donde sé que me espera la realidad del negocio. Nada... Hay que poner los pies en la tierra.

—¡Ábreme, Laura, que no consigo la llave y me estoy haciendo pipí!

Entro como una tromba en la habitación y desde el baño me pongo a contarle a mi amiga todas las novedades. Hablo tan rápido que no me llama la atención el silencio y la cara tan seria de Laura.

—Quiero que nos vayamos mañana mismo... Anoche vinieron unos borrachos y me intentaron forzar la puerta. Me cansé de llamar a la recepción y nadie contestó. Tuve mucho miedo.

Laura rompe a llorar y yo trato de tranquilizarla. Mi cabeza comienza a maquinarse, a sacar cuentas, a pensar en plan b y plan c. No, no podemos irnos tan pronto. Hay que cambiar de hotel y aguantar, aunque sea un par de días, para recuperar la inversión. Y mientras tanto, definir un nuevo destino antes de regresar a Madrid a esperar a mamá. ¿Y Karl? Difícil encajar esa pieza ahora tan importante de mi rompecabezas en esta vida complicada.

Salimos esa misma tarde a buscar un nuevo alojamiento, siempre peregrinas arrastrando nuestras maletas. Ya instaladas, me puse a mandar mensajes a las compañeras de batalla para ver por dónde se estaban moviendo. Me dieron datos de Suiza, Australia, Dubái, Londres, Irlanda... Hay mucho que investigar antes de tomar una decisión. Y luego, como siempre, ponerme a buscar las páginas web donde colocar la publicidad, los hoteles donde se puede trabajar, los precios del servicio...

A la mañana siguiente llamé a Karl. Una llamada con sabor a despedida. Le dije que pronto me iría y que sería bueno aprovechar el tiempo para que los dos pensáramos en el futuro de nuestra relación. No tengo la respuesta ni espero que él la tenga, pero lo cierto es que se va acabando el tiempo del jugueteo. No sé qué quiero, pero sé que quiero algo más.

Llegamos al hotel. ¡Qué lujo! Aquello era un resort. Acostumbrada a trabajar en cada cuchitril, ese hall del hotel, cuánto mármol, espejos, todo reluciente; estábamos contentas. De momento empiezo a mirar a mi alrededor y veo muchas chicas altas, rubias, de ojos azules, unos bellezones; eran de Europa del este, venían a Dubái a trabajar.

Yo creo que primero pasaban por un cirujano o algo por el estilo, porque aquellos cuerpos eran perfectos: tenían pechos, piernas largas, todo bien puesto. Vamos, no me jodas. Con todo el dineral que habíamos gastado, cada vez, se ponía más difícil este trabajo.

Laura y yo nos miramos y con esa mirada nos lo dijimos todo.

—Sabes, si no trabajamos, nos vamos de compras, que aquí me han dicho que todo es muy

barato porque no se an impuestos —le dije para consolarla.

Efectivamente, no sonaba aquel teléfono para nada. Mi amiga cada vez se ponía más nerviosa y me lo transmitía.

—¡Venga! Arréglate y ponte bien sexi, que nos vamos de pesca. —Se me ocurrió decirle a Laura para tranquilizarla.

—¿A dónde? Es que estoy muy cansada del viaje. Yo, lo que quiero es irme al *spa* del hotel y quedarme todo el día tumbada.

—Aquí no hemos venido hacer turismo, así que espabila, que hay que recuperar todo el dinero que llevamos invertido para poder regresar a Madrid.

Cogimos un taxi y nos dirigimos al casino.

Nos encontrábamos en la barra. Cuando voy a ar las copas que nos habíamos pedido se nos acercan dos señores y nos invitan. ¡Qué suerte! Automáticamente, nos presentamos y le digo a lo que nos dedicamos para no perder tiempo. Ellos encantados con mi sinceridad, nos hicimos buenos amigos. Los días venideros nos pusieron un coche con chofer. Mientras ellos trabajaban, nosotras íbamos a conocer la ciudad, de compras y hasta una excursión para pasar una noche en el desierto en una jaima. Me lo tomé como unas vacaciones adas. ¡Qué señores más educados y respetuosos!

Decidimos irnos, porque el trabajo no era como lo habían pintado. Ya de todas formas era hora de regresar. Quedamos con nuestros amigos en que nos visitarían en Madrid y que seguiríamos teniendo contacto con ellos.



¡No me lo podía creer! ¡Mi apartamento, mi sofá! ¡Hasta las plantas! Alguna había sobrevivido. ¡Qué alegría me daba estar en casa rodeada de mi pequeño mundo!

Como era pronto en la mañana, deshice el equipaje, puse una lavadora y me fui al gimnasio, que desde que me apunté no había tenido tiempo de ir.

Entré en una clase de aeróbic. ¡Qué manera de sudar! ¡Qué asco! Eso es lo que peor llevo. Fui a una sala de máquinas y todo lo que había por ahí no me atraía en lo absoluto. Lo que mi amiga me había dicho que me apuntara para conocer gente, nada que ver. A mí no me gustaba nada. Así que ese mismo día decidí desapuntarme. Solamente me quedé con mis clases de baile, que es lo que me divierte en realidad.

Al atardecer me dirigí a la academia de baile. ¡Qué casualidad: el profesor era cubano como yo! Estaba como un tren, pero creo que yo no era su tipo. Aquello sí que me divertía y éramos un grupo bastante grande.

El profesor nos puso por parejas para enseñarnos a bailar el chachachá. A mí me tocó con un chico majísimo.

—Seguramente a ti esto se te dará bien —me dijo mi compañero de baile.

—Pues, no te creas, que hace tiempo que no bailo nada; ya se me ha olvidado.

—Yo soy Albert. ¿Y tú?

—Cecilia de la Caridad.

—¡Qué nombre más bonito! —exclama Albert.

—¿Vives por aquí cerca? Si quieres, después de las clases nos vamos a tomar algo. Yo no tengo a nadie que me espere en casa —le digo a mi nuevo amigo.

—Anda, como yo. Vivo cerca de aquí. Soy de Barcelona, pero me vine a terminar la carrera de periodismo a Madrid.

—Genial. Entonces luego ya tenemos planes para irnos juntos. Te voy a enseñar unos locales que te van a encantar, son muy acogedores.

—No te creas, yo también conozco alguno. Además, son secretos, tienes que conocer la contraseña. Si no, no te dejan entrar.

Terminamos nuestras clases y salimos cogidos del brazo como si fuéramos novios.

Estaba muy a gusto a su lado. Desde aquel día nos hicimos inseparables.

Nos fuimos a picar algo y terminamos tomándonos unos mojitos en una terraza de lo más animada por nuestro barrio. Se nos unió al grupo Mario, el amigo de Albert, la persona por la que en realidad se vino a Madrid. Creo que me puse un poco melancólica al verlos tan felices, cogidos de la mano, haciéndose caricias. De vez en cuando, Mario le retiraba de la cara ese rizo que tanto le molestaba para verle los ojos. Me sentí más sola que nunca. Empecé a echar de menos a Karl. No sabía si llamarlo, porque la última vez que lo hice estaba ocupado con el trabajo y no quería estarlo molestando.

—Chicos, ¿qué os parece si llamo a Karl? Lo extraño mucho y me siento muy sola.

—A partir de ahora no estás sola, nos tienes a nosotros. Llámalo a ver qué se cuenta y dile que

venga a pasar el fin de semana a Madrid.

—¿Ustedes creen que quiera venir?

—Si no se lo propones, nunca lo sabremos. Así que, venga, lánzate y díselo de una vez, que la vida son dos días.

La verdad que yo para algunas cosas era muy lanzada, pero para esto de tener que conquistar a un hombre no sabía por dónde empezar. Doy gracias por haber conocido a Albert y a Mario; ya se encargaron ellos de darme el empujoncito que necesitaba.



Después de pasar una buena tarde entre amigos, me retiré a casa. Ahí, estando sola, ya me entró el bajón completamente y empecé cada vez más a recordar los momentos vividos junto a Karl. Estaba decidida, lo iba a llamar para invitarlo a mi casa. ¿El teléfono? ¿Dónde lo he dejado? Con estos bolsos tan grandes, uno nunca encuentra nada. Cuántas cosas llevo aquí dentro. Un día de estos me pondré a hacer una limpieza a fondo. Aunque, la verdad, todo lo que tengo es porque lo necesito, que si la crema de manos, la barra de labios, un peine... No sabría qué tirar. Ah, aquí estás. ¡Qué casualidad, me están llamando! ¿Roxana? ¿Qué querrá esta?

—Hola, niña, ¿qué es de tu vida?

—Bien, Cecilia. Te llamaba porque me dijo Cristina que estabas trabajando por Europa. Ya sabes cómo es ella de chismosa y lo cuenta todo. Le gusta estar enterada de lo que hacemos y de lo que ganamos para ir contándolo por ahí.

—Sí, es verdad, ya no trabajo aquí en Madrid, porque hay mucha competencia y no se gana como antiguamente.

—Necesito que me lleves contigo. Mi negocio no está yendo muy bien y así le podría meter una inyección de dinero.

—Lo que pasa que yo tengo mi pareja de viaje, porque es un poquito peligroso. Nosotras tenemos la ruta organizada para el mes próximo. Además, a mi compañera no le gusta que vayamos muchas en manada para no llamar la atención. De todas formas, veré qué se me ocurre. Te llamo y te digo algo. No te preocupes.

Después de tanto tiempo sin saber nada de Roxana. Tendría que estar pasando por una mala racha para que quisiera volver a las andadas. Me imagino, sola, divorciada, con dos niños, intentando sacar su negocio adelante. No era fácil. A ver cómo puedo ayudarla.

Roxana siempre había sido una chica muy lista. Con todo el dinero que ganamos se había comprado su apartamento y se había montado su empresa de azafatas, organizaba eventos y hasta algún curso que impartía. Pero claro, le pasaba como a muchos, de nuevo la crisis era la culpable. Por lo menos ella sabía dónde se podía buscar algo de dinero, no como otros que tenían que cerrar sus negocios, apuntarse y aumentar las listas del paro. ¡Qué vergüenza! Pobre gente, país de ladrones. Solo se veía en la tele todo lo que robaban, que si unos matando elefantes por África, otros poniendo su imagen para robar dinero de las ONG. Encima, cuando se te acaba el paro, te daban cuatrocientos veintinueve euros, una limosna que no alcanzaba ni para empezar. Si es que no había dinero para más. Con todo lo que han robado, miles y miles de millones por todos lados, en todas las provincias y comunidades; no se escapaba una.

En otros tiempos, Roxana y yo habíamos trabajado juntas. Hacíamos un buen equipo. Una cubana y una española. Siempre apoyándonos. Si un día una de los dos no trabajaba, la otra la metía en el servicio para que así ganara algo de dinero y no se fuera a su casa con las manos vacía.

Recuerdo que una vez hicimos un servicio juntas de un señor que iba solo por jugar al parchís en lencería; horas y horas enteras jugando al parchís.

Miré el reloj de la cocina y ya era muy tarde para llamar a Laura. Mañana le comentaba para ver lo que podía hacer para ayudar a mi amiga.



Los rayos de sol atravesaban las persianas. En la calle se escuchaba al repartidor, descargando las cajas de Coca Cola para el bar de la esquina. Había dejado la furgoneta mal aparcada y el coche que venía detrás no paraba de gritarle improperios. ¡Qué jaleo tan temprano! No dejan a una descansar. La gitana vendiendo flores; de vez en cuando pregonaba: «cinco girasoles a nueve euros», «Cucha, primo, compra los girasoles». La chica malabarista en el semáforo, con ese pelo que se le veía a lo lejos tan grasiento, seguro que lo tenía lleno de piojos, qué asco. Además, llevaba las uñas de las manos mugrientas, que desde la ventana lo podía distinguir; una muchacha tan joven, qué desperdicio de vida. Me pregunto a qué aspirará esa de la vida, porque por lo menos yo puedo estar haciendo lo que hago, pero tengo mis aspiraciones bien claras.

Y cuando cumpla mis objetivos, si todavía sigo en este tipo de vida, me compraré una casita en el campo para ir de vez en cuando o invertiré en algún negocio. Lo que sí tengo claro es no desaprovechar el tiempo. Me da igual lo que piense la gente. En definitiva, nadie me conoce. Cuando no tengo para ar el alquiler tampoco vienen a arlo por mí. A veces, la sociedad en general es hipócrita con nuestro trabajo, porque se pasan el tiempo criticando, juzgando, pero muchos de esos que critican en algún momento han necesitado de mis servicios.

Bueno, era hora de ponerme en marcha. Llamé a Laura y le comenté lo de mi amiga Roxana.

La verdad que Laura era una chica bastante comprensiva. Resulta que ella tenía una amiga brasileña que la estaba llamando desde hace tiempo para ir juntas de viaje, pero como se encontraba a gusto viajando conmigo, le daba largas.

—Entonces, quedamos en eso. Yo en el siguiente viaje me voy con mi amiga y tú, con la tuya. Pero que quede claro que yo soy tu pareja de viaje. Esto lo hacemos para ayudar a mi amiga y que aprenda rápido para que se independice.

—Vale, no te preocupes. Se lo diré a la chica para que se busque una compañera con tiempo. Que es solo por dos o tres meses.

Enseguida llamé por teléfono a Roxana para contarle lo que había decidido y así le diera tiempo a organizarse con su trabajo y los niños. Me hubiera gustado estar ahí para ver la cara de contenta que se le puso cuando le di la noticia.

—Mira, Roxana, nos vamos a ir una ciudad que yo no conozco, pero me han dicho que se trabaja muy bien. He pensado en un sitio tranquilo para que empieces, porque si no, entre el idioma, yo sola contestando tu anuncio y el mío, no voy a dar abasto. Es la forma más barata que se me ha ocurrido. Otra opción sería que araras una secretaria, que se lleva el veinte por ciento de cada servicio que te mandan.

—Calla, calla, para ar estoy yo, con todos los gastos que tengo encima. Por si fuera poco, ahora me toca ar los impuestos de mi negocio. Es decir, fijate para lo que necesito yo el dinero.

—Bueno, entonces quedamos así. Te mando un email con el nombre y las fechas para realizar la reserva del hotel; yo me encargo de los billetes de avión. No te preocupes por nada. Mándame tu dirección de correo, claro.

Enseguida me puse manos a la obra. Tenía que reservar los hoteles con tiempo, porque en muy pocos sitios te dejaban trabajar y las mujeres lo reservaban por dos y tres meses por adelantado. Es mejor así, que cada una se reserve lo suyo, porque después, en el último minuto, me deja tirada y tengo que ar yo todo, lo de ella y lo mío.

Mejor me ducho y salgo a dar una vuelta por el barrio, porque si no, me quedo metida todo el día en casa. Voy a mandarle un mensaje a Karl, que entre una cosa y otra, lo tengo olvidado.

—Buenos días, mi amor. (SMS. 10:05).

Hace una mañana estupenda. Me voy a quedar aquí en la terraza y así veo a los transeúntes pasar. Aunque haga frío, se está muy bien con este sol. Me pido el capuchino de siempre con mi tostada con tomate. Era mi momento del día. Bueno, uno de tantos. También me gusta ir de aperitivos, más que comer o cenar.

Miro el teléfono y nada. Han pasado diez minutos desde que le mandé el mensaje. ¿Tendré cobertura? Lo voy a ar y lo voy a encender por si acaso. ¡Ay, qué dolor de tripas! Se me revuelven. Seguro que el café me ha sentado mal. Anda que este también; qué le costará mandar un mensaje. No puedo con eso. Parece como que no tiene interés. A mí que me lo diga rápido, que enseguida le busco sustituto. Lo que sí no puedo estar yo con estos malestares y estas preocupaciones.

Decidí pasar de él y concentrarme en lo mío. En definitiva, mi amiga Laura tenía razón, quién va a querer tener una relación seria con una chica como nosotras. Qué equivocada estaba. Por un momento pensé que, como eran más del norte de Europa, iban a ser más civilizados y tendrían otra mentalidad más abierta que aquí en España. Al final, la ingenua era yo, por hacerme ilusiones,

porque en definitiva él nunca me había dicho nada sobre sus intenciones para conmigo. Pero es que una está tan sola que a veces me gusta soñar despierta. Soñar, porque eso era lo que había sido, un hermoso sueño de Navidad. Intentaba no entristecerme, pero no lo podía evitar; se me aguaban los ojos de pensar en mi vida, de un lado a otro, con la maleta a cuestas, dando tumbos...



Aquella noche no pude dormir. Tenía cita en el médico para hacerme la revisión rutinaria, pero siempre me pasaba lo mismo. No dejaba de pensar si algún cliente me habría contagiado algo. Aunque yo siempre tomaba todas las medidas necesarias, nunca se sabe; esa es una de las cosas malas de este trabajo. Laura siempre me acompañaba y ella se encontraba en una situación parecida a la mía. Encima, te hacen los análisis y después tienes que esperar toda una semana para los resultados.

A mí de esta me va a dar algo. Cuántas ganas tengo de dejar este trabajo. Cuando termine aquí voy a pasar por la iglesia a pedirle el milagrito a la Virgen.

La sala de espera estaba abarrotada, no teníamos dónde sentarnos. Las cortinas oscuras transmitían una sensación lúgubre junto con las paredes de azulejos blancos; siento escalofríos en mi cuerpo. La recepcionista nos pide la identificación para buscarnos en la lista, y nos dice de esperar en la calle en la fila que doblaba la vuelta de la esquina. ¿Cada vez somos más los que nos cuidamos o hay más personas ejerciendo esta profesión? Algo se está haciendo mal. Solo veía caras metidas en las pantallas de sus móviles. Nos hemos vuelto muy antisociales, nadie levantó la cabeza para devolver los buenos días, o quizás se sienten observados y quieren pasar lo más inadvertido posible.

Al abrirse la puerta de la consulta sale una chica llorando inconsolablemente; seguramente ha recibido una mala noticia, eso que no queremos escuchar ninguno de los que estamos aquí, pero

somos consciente de que existe y es por eso que venimos para llevar un control y que nos pongan todas las vacunas necesarias para evitar contagiarnos de la hepatitis b y demás enfermedades.

—Laura, ¿has visto la cara de esa pobre chica? ¿Qué le habrá pasado?

—Seguramente que tiene sida, ¿qué otra cosa te puede poner en ese estado?

—No lo sé, pero tampoco quiero averiguar —le digo a Laura en tono débil.

—Hoy en día es una enfermedad que está muy controlada; la gente puede hacer una vida normal, aunque es mejor no tenerlo, por supuesto —me comenta Laura a modo de consuelo.

—Ahora me entiendes por qué deseo tanto encontrar el amor y tener una vida más tranquila.

—¿Quién te dice a ti que tendrás una vida tranquila? Siempre uno tiene preocupaciones. Parece mentira que una chica tan valiente como tú, que emigra a otro país sola con veinte años, sin miedo a nada, decidida a comerse el mundo, piense que la única solución que tenemos las que estamos en esta vida es encontrando una pareja. No te reconozco —me recrimina Laura indignada.

—Tienes razón, me entra la flojera cuando veo este tipo de situaciones, chica; se me revuelve el estómago solo de pensarlo. De todas formas, yo siempre he tenido claro mis objetivos —le digo a Laura.

Al terminar la consulta, seguía con la angustia en el cuerpo. No paraba de darle vueltas en la cabeza. Qué injusta es la vida. Ahora más que nunca voy a hincar rodilla y recostarme a la Virgen. Me salpico agua bendita como para un despojo, quiero dejar atrás todo lo malo. Los feligreses devotos tienen a la virgen engalanada de girasoles, aquí en Madrid, en nuestro pequeño rincón cubano.

Después de escuchar al cura, me sentí aliviada. Eso sí, no me atreví a contarle cuál era mi oficio en realidad. No tenía ganas de que me sermoneara. Me encontraba exhausta, de mi vida en general. Creo que necesitaré unas vacaciones, pero no sé cuándo me las puedo tomar. No es muy fácil, porque lo tengo todo organizado con Laura y hasta algunas cosas que hemos ido adelantando para que nos saliera más económico. Además, tendría que avisarle con tiempo para que se busque otra compañera de viaje. Ya veré cómo lo hago; creo que esta noche lo voy a consultar con la almohada. Espero que Laura no se lo tome a mal.

Un baño de espuma siempre me ha relajado, es como un Valium para mi alma. Además, me gusta ponerle pétalos de flores naturales con unas gotas de colonia para eso de atraer la buena suerte. Es mi momento del día; bueno, uno de tantos. Me dejo llevar por la música de fondo y me traslado a mi Habana, caminando por un pedraplén, rodeada de manglares, seguida por Karl. Nos damos la mano y juntos nos fundimos en un beso, humedecido por las olas del mar Caribe.



—Tenemos una reserva a nombre de Cecilia Estrada.

—Aquí no se puede trabajar.

Primer jarro de agua fría nada más llegar. Roxana, como no hablaba casi inglés, no había entendido nada. Yo, por mi parte, me hice la que tampoco entendía, porque lo que no estaba dispuesta era a perder dinero. Así que no quedaba otra que vigilar a la recepcionista africana, antipática y desagradable en el trato.

La recepcionista nos entrega las llaves de nuestras habitaciones, en todo el frente de la recepción para no quitarnos ojo. Llovía a raudales; el teléfono no paraba de sonar. Siempre me pasaba lo mismo: cada vez que llegaba a un sitio nuevo, me atacaba el nervio en el estómago.

No lo entiendo. ¿Cómo sabía que veníamos a trabajar? Será que al entregar el pasaporte y ver que uno es de origen latino ya dan por hecho a lo que nos dedicamos. Te hacen firmar un documento diciendo que es un registro para la policía, que obliga a todos los hoteles, en donde tienes que poner tu profesión, fecha de entrada y salida del país, el motivo de la visita también. Total, yo siempre les ponía que era periodista, así no me molestaban mucho.

Cuando estamos instaladas en la habitación le digo a mi amiga cómo podemos hacer para ganar algo e irnos lo antes posible.

—Es muy importante que te concentres, porque esa señora puede llamar a la policía. Ya has visto la cara de antipática que tiene.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Nada, que llame a la policía, pero lo mejor es evitarlo, no nos pueden hacer nada. Le decimos que hemos ado nuestra habitación y que somos clientas.

Me voy a mi habitación a vigilar por la ventana para cuando llegue el primer cliente. Veo un

coche por el *parking* del hotel mientras llama por teléfono. No tiene mala pinta. Le digo el número de habitación y que, por favor, sea discreto. Tampoco puedo decirle nada de lo que pasaba, porque si no se me espanta y se daría media vuelta. Tenía que arriesgarme. Por suerte para mí, la recepcionista estaba ocupada.

Todo marchaba con normalidad. Ya casi había terminado el servicio cuando siento a Roxana taconear en la habitación. Se me olvidó decirle que no hiciera mucho ruido, para no molestar ni llamar la atención. Parece que mi amiga se estrenaba.

Yo pensé que la puerta se me iba a caer encima de los golpes tan fuertes que estaba dando esa señora. El cliente que todavía no se iba, de un salto sale corriendo a esconderse en el cuarto de baño. Yo me pongo algo rápido, escondo los preservativos y recojo un poco la habitación.

—Sí, dígame.

—Le he dicho que aquí no quiero que trabajéis y tu amiga acaba de meter un hombre en la habitación —me grita la recepcionista. Todo el mundo se enteró de a lo que nos dedicábamos.

—¿Mi amiga?

—He llamado a la policía. Así que tenéis que recoger e ir os del hotel.

Mi cliente estaba que no sabía cómo salir de la habitación. Si lo pillaban ahí les ponían una multa de más de mil euros. Además, seguramente era casado.

Qué atraso mental. A estas alturas de la vida que uno no tuviera libertad para estar con quien quisiera, me parece absurdo, sea por placer o por una transacción económica. Si en definitiva nadie veía dentro de la habitación el intercambio monetario.

Llamé a Roxana, que se viniera para mi habitación para reservar en otro hotel. No podíamos cambiarnos de ciudad, porque apenas habíamos acabado de llegar y casi no teníamos dinero para ar un anuncio nuevo. Por suerte, en esa época, engañabas a la página web y no abas cambio de ciudad. Hasta que, por supuesto, pillaron el truco que hacíamos todas y lo bloquearon de tal forma que teníamos que ar el anuncio completo.

Ella estaba muy asustada; lógico, era su primera vez. La calmé y le dije de salir a cenar tranquilamente, que no se preocupara, que si de verdad había llamado a la policía ya habrían venido. Eso a veces se lo inventaban para asustarnos y para que nos fuéramos. Con toda la parsimonia del mundo, después de venir de cenar, reservé otro hotel y nos fuimos.

Al llegar, la recepción estaba cerrada. Mejor, porque así cogíamos la habitación por la máquina expendedora y nadie nos veía llegar. No nos quedaba otra que compartir habitación para economizar y poder trabajar toda la noche. A mí personalmente no me gustaba trabajar de noche, porque era muy peligroso. Sin embargo, teníamos que arriesgar algo si queríamos recuperar la inversión.

Decidimos que una se escondía en el baño mientras la otra trabajaba. Así, si venía algún hombre conflictivo podía salir a auxiliar a su compañera.

Fue una noche bastante movida. Por suerte, trabajamos las dos muy bien. Además, no éramos las únicas; se sentía el taconeo de otras chicas. Eso era buena señal, quería decir que en cierta forma en aquel sitio se trabajaba de noche. Decidimos quedarnos en ese hotel algunos días más y trabajar solamente cuando la recepción estuviera cerrada.

Nos vestimos para ir a desayunar y después dar un pequeño paseo por la ciudad. Siempre dejando todo muy recogido en la habitación para no llamar la atención por nada. Hasta la bolsa de basura nos llevábamos y la tirábamos bien lejos. Dándole también algo de propina a la chica de la limpieza para callarle la boca.

Lo bueno de todo fue que a Roxana no le quedó más remedio que aprender rápido para contestar ella sola su teléfono y así poder independizarse. Estuvimos bastante tiempo en aquel hotel. Ganamos suficiente dinero y nos regresamos a casa



Al encender mi teléfono de España tenía muchísimos mensajes de Karl. El corazón se me puso a mil. Todavía se acordaba de mí. Claro, cómo me iba a contactar si yo, cuando estoy en el extranjero, ao el teléfono. La vista se me empieza nublar, me quedo sin aliento, no puede ser lo que estoy leyendo, doy un suspiro que Roxana y medio aeropuerto se giran para ver de dónde viene el estruendo.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha escrito? -Me pregunta Roxana impaciente.

—¡Es Karl! ¡Que viene a Madrid este fin de semana!

—¿Qué piensas hacer? No decías que no querías saber nada de él por no contestar tus mensajes.

—Bueno, uno dice esas cosas cuando está enfadada, pero por supuesto que pienso venir a recibirlo. Lleva varios días intentando localizarme, pero yo tenía mi teléfono desconectado y le

había sido imposible.

—Me alegro mucho por ti.

—Voy a llamar a Albert y a Mario para contarles. Tenemos que organizar dónde lo vamos a llevar para enseñarle la ciudad.

Me alejé en mi taxi con la sonrisa de oreja a oreja que no podía disimular. El taxista, de vez en cuando, miraba por su espejo retrovisor extrañado; pensará que se le habría subido una loca. Me sentía eufórica. Quedé con los chicos en mi apartamento para que me ayudaran a escoger qué modelitos ponerme. Los dos tenían muy buen gusto y entendían bastante de moda.

Mientras vaciamos mi armario para probarme la ropa, abrimos una botella de vino que habían traído para celebrar. Estaban en todos los detalles; hasta me escogían la lencería.

Me consideraba afortunada por tener tan buenos amigos. Ya no me encontraba sola. No solo era yo la que se probaba la ropa, Albert también nos hacía sus pases de modelo, para así mostrarme y hacerme una idea de cómo quedaba puesto. Claro, con ese cuerpo de Adonis que él tenía, todo le quedaba estupendo. Mario y yo nos recostamos en la cama ya medios borrachos por el vino. A los dos les encantaba cuando les contaba anécdotas de mi trabajo, creo que iban a escribir un libro o algo así. Por eso recopilaban toda la información como una esponja. Se acordaban de todos los detalles narrados por mí.

Recuerdo que una vez en Suiza, donde trabajé, que ahí estaba legalizado. Nada más llegar del aeropuerto tenías que ir a la policía y sacar un permiso para así poder ejercer, evitar que te multaran y poder ar los respectivos impuestos. Además, eso te contaba para cotizar a la seguridad social y el día de mañana para tu pensión.

En ese edificio todos los apartamentos eran de trabajo. Poníamos la foto en la puerta junto al timbre y así los clientes te escogían. A veces, en un apartamento éramos varias chicas. Cuando sonaba tu timbre se encendía una luz en tu habitación.

Por ahí siempre andaba Renata en ropa interior, exhibiéndose. Ella sabía que era una belleza. Claro, con tanta operación nadie podía imaginarse que antes había sido Renato.

Vino un cliente para mí y, al entrar en la habitación, me pregunta por la chica que acababa de ver, que se había equivocado, que prefería con ella. Me da tanta rabia con el mirón que no le digo nada y la hago pasar. Inmediatamente Renata me pregunta que si yo le conté que ella no es una chica. Le dije que no se preocupara, que lo calentara un poco y yo después se lo decía. Efectivamente, cuando lo teníamos a punto de caramelo se lo comenté como si nada. Tampoco le importó. En aquel país la mayoría de los hombres eran muy viciosos. Les daba igual las dos cosas. Después que disfrutaban y se dejaban sodomizar muchos de ellos, regresaban a sus casas con sus mujeres.

Albert siempre me preguntaba: ¿En qué país la tenían más grande? ¿Dónde estaban los más viciosos? Yo creo que el marqués de Sade se quedó corto. Les podía dar todo tipo de detalles.

También estaban los más cochinos, que ni se lavaban bien o los que más te regateaban, como si en vez de estar con una chica estuvieran en el zoco de su país.

Los que se tiraban a la cama y no se movían, tenías que hacerle tú todo el servicio. Yo creo que eso va en la cultura de cada uno. Otros traían la foto de la señora enmarcada y la ponían de frente para hacer ver cómo se la tiraban a ella gritándole improperios. Estaba el que te pedía que te vistieras con traje y chaqueta haciéndote pasar por secretaria y fueras a su despacho para hacértelo encima de la mesa de trabajo. Meterte también dentro de un armario para hacer ver como que estás en un probador. El que te recogía en su coche y te llevaba a las afueras para poder hacértelo bajo las estrellas. Algunos también traían sus instrumentales como la fusta y el arnés o las pinzas, para que te disfrazaras de policía o con ropa de cuero negro y darle sus latigazos, pero fuerte, que te dolía el brazo de tanto pegar. También se encontraba el que intentaba engañarte dándote dinero falso; había que comprobarlo delante de ellos. Otros te querían ar al final del servicio, para después terminar a palos cuando pretendían no ar. Eso jamás; siempre se cobra por adelantado. El típico remolón que no se quiere ir cuando se le ha acabado el tiempo. El árabe que te a por media hora y se quiere quedar cincuenta minutos. Si lo echas de la habitación te empieza amenazar diciendo que él es talibán. Entonces, tienes que sacar la raza y no dejarte amedrentar gritándole improperios en español que mi amiga Laura tuvo que venir a tocar la puerta de la habitación, del escándalo que yo estaba montando. Aparte de todo esto teníamos el tema del dinero, como una se encontraba sola, no había forma de mandarlo por Western Union. Claro, eso tiene un límite, no las cantidades que manejábamos nosotras. Muchos de ellos lo sabían y empezó a desatarse una oleada de robos a punta de pistola por todas las ciudades. Lo mínimo eran que te robaran, te daban una paliza que te rompían los huesos y te mandaban directo al hospital, como le pasó a Nina, una amiga brasileña, que perdió dos dientes, se quedó sin conocimiento de los golpes que le dio el cliente con la pata de la cama en la cabeza; era un árabe. La encontró el dueño del hotel y estuvo una semana ingresada.

Por eso, cuando tienen algo de acento y no saben hablar bien el idioma, es mejor no cogerles el teléfono por evitar un disgusto.

A mi amiga Karol le pasó de todo. Un día que el trabajo había estado flojo, ya tarde en la noche, la llama un cliente, parecía muy educado por teléfono. Le a un servicio de una hora y al terminar le pide ir al baño. Cuando vuelve saca un cuchillo de carnicero, con la hoja brillante y reluciente como un espejo.

Aquella mujer del susto se subió encima de la cama dando vueltas alrededor de la misma, pidiéndole, por favor, que no la matara, que se llevara todo; le entrega las sortijas que tenía puestas, el teléfono, el dinero que él mismo había ado anteriormente. Esa vez no había sido un árabe, sino un africano. De todas formas, entre las dos etnias lideraban el *ranking* de asaltos. Por eso nadie quería estar con ellos. Muy pocos eran los que se comportaban correctamente con una

chica.

Algunas optaron por contratar seguridad. Le aban a un chico para que se escondiera en el cuarto de baño mientras ellas hacían el servicio. Normalmente, este trabajo lo solía hacer un emigrante sin papeles, a ser posible latino. Era una forma para que estos chicos ganaran algo de dinero. Te hacían todo tipo de recados, como llevarte la ropa a la lavandería o hacer la compra en el supermercado. También venían muy bien para cuando uno llegaba a un hotel a registrarse y así despistar al recepcionista pensando que éramos pareja.

—Si había tantos asaltos, ¿por qué no trabajaban en algún país menos peligroso? —me pregunta Mario.

—En los otros países era más seguro, pero los hombres también más pervertidos. Donde estaba el peligro se ganaba más.

—Por ejemplo, en Londres. ¿Por qué no trabajaban ahí?

—Porque las casas estaban controladas por mafias jamaicanas. Si tú trabajabas por libre enseguida te mandaban a alguien para asustarte o amenazarte.

—Pues, entonces, termina de comprar pronto la casa para tu madre, porque cada vez se vuelve más difícil tu trabajo.

—Sí, lo sé. Por eso tengo pensado irme por un tiempo y no regresar a Madrid hasta que no tenga todo el dinero completo. Se lo voy a proponer a Laura, a ver qué le parece.

—Por nosotros, estupendo. Iremos a visitarte donde estés —intervino Albert—. Además, no te quedes mucho tiempo en una misma ciudad.

—Son los mejores amigos que he tenido nunca. Por eso los quiero tanto.



Al quedarme sola me pongo a recoger la casa. Quería dejar mi apartamento perfecto. La

cabeza la tenía que me estallaba. Quién me habrá mandado a mí a estar bebiendo tan temprano, pero a la vez me sentía eufórica con la inminente visita de Karl. ¿Qué le gustará comer? Me gustaría cocinarle algo típico de mi país, yuca con mojo y carne de cerdo asada. Lo siento tan cerca y, al mismo tiempo, desconozco muchas cosas de este hombre; es todo un misterio. Lo único que deseo es que no me salga raro, porque después de ver tantas cosas en mi trabajo, eso me decepcionaría.

En la mañana quiero ir a mandarle algo de dinero para mi madre en Cuba. Ya queda poco para comprar la casa. Con un par de viajes más lo tendría todo o la otra opción era quedarme hasta conseguirlo.

Le iba a decir a Karl si quería acompañarme este verano a mi país, como amigo; no vaya a pensar que yo quiero presentarle a mi familia. ¿O no era así? Bueno, eso que lo decida él. En definitiva, tengo que esperar a ver cuáles son sus intenciones para conmigo.

Me dirijo al aeropuerto, pero esta vez no era yo la que viajaba. Era una sensación un poco rara, pero me gustaba. La zona de espera se encontraba abarrotada de todos los que estábamos allí esperando a familiares y amigos. Al verlo aparecer salgo corriendo hacia sus brazos y por más de diez minutos nos fundimos en un apasionado beso. Empiezo a contarle todo lo que tenía pensado hacer, dónde llevarlo a comer y pasear por la ciudad. Con los nervios no lo dejaba hablar.

—*Darling, please.* Yo solo quiero estar contigo. Por eso he venido a verte.

—Perdona, cariño, es que me he puesto hablar y ni tan siquiera te he preguntado lo que a ti te apetece.

Al entrar por la puerta y sin poder dejar mi bolso, me empieza a desvestir mientras me besa. Le desabrocho la camisa como puedo y lo llevo hasta la habitación. Yo era una chica de acción, lo empujo hacia la cama y, al mismo tiempo, le voy desabrochando los vaqueros con mi boca. Nos dejamos llevar por nuestra pasión entre besos y caricias. Estiro la mano hacia la mesilla de noche y tomo el aceite de masajes que, al frotarlo, se calienta en contacto con la piel; le embadurno la piel con aceites de aroma de jazmín y azahar. Nuestras piernas se entrelazan mientras me penetra. Me estremezco desde la punta del dedo gordo hasta las pestañas. Me dejo ir una y otra vez. Perdí la noción del tiempo. Era la primera vez en mi vida que sentía esto por un hombre. Creo que había llegado el momento de preguntarle ¿qué quería él en realidad? porque yo cada vez lo tenía más claro, solamente quería estar junto a él. Imaginaba nuestra vida juntos. Que pudiéramos hacer muchas cosas los dos, cocinar, compartir el desayuno, ver la tele abrazados en el sofá, hablar de cómo habíamos tenido el día. A mitad de la noche una caricia, un te quiero. Despertarme y sentir sus brazos rodeándome.

Para que las cosas funcionen, siempre uno tiene que ir con la verdad, porque es lo único que nos libera de la carga que llevamos en el alma.

No me puedo aguantar más y le pregunto:

—Karl, ¿a ti te gustaría empezar una relación conmigo?

—Cecilia, sabes que te amo. Por eso he venido a verte, porque quiero proponerte algo y no sé cómo decirte.

Mi cara no puede disimular la alegría que estoy sintiendo en estos momentos, el corazón se me quiere salir del pecho, las manos me tiemblan y las piernas se me aflojan, ¿qué es esto? -me pregunto.

—*Darling*, sé que odias el frío, pero en los meses de invierno podríamos buscar algún destino más cálido. Yo puedo trabajar con mi ordenador desde cualquier parte del mundo. ¿Quisieras venir a vivir conmigo a mi país? —me dice Karl nervioso, esperando por mi reacción.

Enmudecí que no era capaz de gesticular palabra. Aquel hombre me miraba fijamente ansioso, queriéndome sacar la respuesta con los ojos. En ese momento mi vida me pasa por delante como si de una película se tratase.

Recuerdo desde el día que salí de Cuba, dejando atrás a mi abuela, sentada en su balancín en el portal de la casa. ¿Quién me iba a decir a mí que era la última vez que la iba a ver hasta mi peregrinación por media Europa? Cuántas cosas he tenido que pasar para encontrar la luz.

—Cariño, he deseado que me pidas esto desde el primer día en que te conocí. Sueño con este momento todos los días de mi vida. Yo te amo y estoy dispuesta a irme contigo, aunque sea al fin del mundo.

—Entonces, está decidido. Vamos a arreglarlo todo para que te vengas cuanto antes a casa —dice Karl con alegría.

—Solo tengo una cosa que decirte. Yo soy una chica independiente, económicamente hablando, y tendría que ponerme a estudiar el idioma y una carrera para poder estar bien conmigo misma, lo primero. Y para nosotros también, sería lo mejor como pareja. Sé que eso me llevará algún tiempo, por eso te pido que tengas paciencia conmigo. Yo siempre he tenido algún dinero ahorrado parairme la universidad. Además, podría cominar los estudios con algún trabajo.

—Por eso me gustas tanto, eres una chica valiente. Con las ideas claras y responsable, demasiado madura para tu edad. Tú no te preocupes por nada, *darling*. A partir de ahora estoy yo aquí para todo lo que me necesites.

—No me ha quedado de otra. Al emigrar sola y tan joven, he tenido que a la fuerza buscarme la vida para poder salir adelante y poseer cierta calidad de vida. Además, también está la parte que tengo que ayudar a mi madre que está sola, allá en Cuba. Yo no tengo hermanos, ella solo depende de mí.

Al recordar todo por lo que he pasado se me aguaron los ojos y no pude seguir hablando. Si le contara un poquito solamente, seguro que me cogería lástima y yo no quería eso. Preferí guardármelo para mí. Rápidamente, me seco las lágrimas, mi voz suena temblorosa, no puedo ni gesticular palabras. Karl me abraza, escondo mi rostro detrás del pelo, pero él lo retira hacia

atrás haciéndome una coleta con sus manos, me besa las mejillas, la frente, los labios. Siento mariposas por todo mi cuerpo.

BIOGRAFÍA

YAZMÍN LORENZO SUÁREZ

Yazmín Lorenzo emigra de Cuba a España a la edad de veinte años, con una maleta llena de libros antiguos y sus ojos cargados de ilusión. Es una valiente emprendedora que radica en Madrid, con una gran vocación por la lectura y la escritura. En enero del 2017 publica su primer libro infantil *Las aventuras de Pipiona*. A raíz de esta maravillosa experiencia funda la editorial Pipiona.es, para dedicarse al diseño de juegos de lápiz y papel a partir de los personajes del cuento.

Las peregrinas es su primera novela dirigida a un público adulto, dando así un cambio radical a lo que nos tiene acostumbrados con sus álbumes infantiles.

Soñadora empedernida y viajera incansable son los ingredientes necesarios para dejar volar la imaginación de la mano de esta novel escritora, que nos transporta de Europa a La Habana a vuelta de página.